

ERNST JÜNGER, ESCRITURA EN TIEMPOS DE CATÁSTROFE*

Joaquín Fernandois

INTRODUCCIÓN

Impulso inicial del aventurero

Nacido en 1895, constituye una figura singularísima en la literatura del siglo XX. Con una obra literaria que se extiende desde 1920 hasta la actualidad, en sus escritos de juventud mostró —de acuerdo a las poderosas fuerzas epocales de 1920 y comienzos de 1930— una *esperanza* en la Historia según la cara del “espíritu de los tiempos”. Se da en él una rara combinación de activismo vital y mentalidad contemplativa, como parte de la generación que creyó que la *participación* —o “compromiso”, si se prefiere— funde la escritura con una suerte de realización absoluta.

JOAQUÍN FERNANDOIS. Licenciado en Historia, Universidad Católica de Valparaíso. Doctor en Historia, Universidad de Sevilla. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Autor, entre otras publicaciones, de *Política y trascendencia en Ernst Jünger 1920-1934* (Santiago de Chile: Ed. Andrés Bello, 1982) y *Política de Chile y el mundo 1970-1973: La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985).

* El autor agradece la colaboración de Ángela Vergara Marshall en la recopilación del material.

En el caso de nuestro autor, el activismo le ha conferido un aura que no pocas veces ha parecido una maldición. En 1913, el joven Jünger, todavía un adolescente, se escapa por unos meses a la Legión Extranjera. Voluntario en 1914, asciende rápidamente de soldado raso a oficial en las *Sturmtruppen*, unidades de elites que encabezaban las grandes ofensivas. Herido numerosas veces, es inolvidable su recuerdo de la legendaria ofensiva del 21 de marzo de 1918. Las condecoraciones se suman: Cruz de Hierro, de las diversas clases; Cruz de Caballero, y, finalmente, la coronación en un ejército donde estaba vivo algo del ethos del antiguo régimen, la condecoración *Pour la Mérite*, tan raramente concedida que la decidía el propio Emperador. El Mariscal Hindenburg se opuso, no por falta de méritos, sino porque era demasiado joven y se podía envanecer. Con los años, el Mariscal se convertiría en una figura respetada por el célebre escritor.

En los primeros años de la República de Weimar será un activo polemista y articulista dentro de la cultura del nacionalismo alemán revolucionario, que unía pasión revolucionaria y extremo conservadurismo antiliberal. En este sentido existe un elemento fascitizante en el Jünger joven, que ha constituido hasta nuestros días un punto de referencia espectacular. Nunca fue nazi, pero de los años 1925-1933 existen referencias ambiguas a ese movimiento, es decir, positivas y negativas. El asunto es que en su lenguaje ideológico —con nivel, pero dentro de *esa* esfera— Jünger creyó identificar el espíritu de la Historia con un tipo de actitud que en la política real no podía sino llevar a una suerte de “parafascismo.” En algunos pocos esto significó en esos años el acompañar al desarrollo de Leviatán hasta sus últimas consecuencias, hasta el fin; en muchos casos creó la ilusión de una suerte de Parusía (¡qué fantasía más recurrente en este siglo!). Conocidos son los casos de Martin Heidegger y Carl Schmitt, que fueron más allá de Jünger y apoyaron al régimen, al menos en sus primeros años. Como se verá en la antología, nuestro autor no dejará después de defenderlos. En otros llevó al canto del comunismo y la justificación del exterminio (Lukacs y Brecht). Este tema no es otro que aquel de la tentación totalitaria, que hoy día una conciencia autosatisfecha cree haber superado, pero que de manera insidiosa se manifiesta de mil maneras. Porque es un fenómeno que ha acompañado a todas las grandes civilizaciones, sólo que la modernidad la ha puesto bajo nueva luz.

Pero una cosa es la actividad de Jünger como escritor político en publicaciones de batalla; otra su obra literaria de estos años juveniles. Ésta se divide a grandes rasgos en tres grandes manifestaciones. La primera de ellas ha sido una piedra de escándalo, ya que ahí hay una aceptación entusiasta de la guerra. La primera posguerra es conocida por el estado de

intelectuales y artísticas. Pero también hubo una recepción positiva de la experiencia de la guerra, o *Kriegserlebnis*. Es en esta sensibilidad en la que se coloca Jünger, y ve en la guerra una inmersión en el *ser*, pero a la vez poniéndola fuera de las querellas nacionales y nacionalistas. Fue el último cantor de la guerra “tradicional” en donde aparece el guerrero como posibilidad de *oficio*. Después una combinación de guerra ideológica, técnica y mercenaria ha sepultado a ese tipo humano. En los 1920 —principalmente en sus clásicos, *Tempestades de acero*, *Fuego y sangre*, *La guerra como experiencia interior*, y otros—, el autor todavía mantenía una confianza naive en la virtualidad cultural de la experiencia bélica, sin prestar atención al uso ideológico de este lenguaje por parte de las tendencias fascistas (y en cierta manera, después de 1945, por el marxismo).

Un segundo rasgo de esta obra temprana está en su percepción de la técnica y en la descripción del “tipo del trabajador”. Su obra *Der Arbeiter* (*El trabajador*) ha sido una de las grandes incógnitas del ensayo político del siglo. Ha fascinado y horrorizado; ambas reacciones perduran hasta nuestros días. El espíritu colectivo del trabajo animado por la “figura del trabajador” hace ver en la técnica una *necesidad a quererse*. Fue interpretada correctamente como una suerte de manifiesto totalitario en donde se describe con lucidez y entusiasmo la aparentemente imparable marejada de unificación planetaria promovida por la técnica. Esto es sorprendente, ya que se ve como claramente contradictorio con otros elementos de su obra temprana: la nostalgia, el respeto por el Único —quizás lo más valioso de *toda* su obra—, el heroísmo, el ejemplo de las “posiciones perdidas” condenadas a ser exterminadas, pero que representan el núcleo inmortal del hombre. Pero aquí en cambio —y en *La movilización total*— se describe con una aparente frialdad o, más bien, clínica distancia, la conversión de la sociedad con el desenvolvimiento arrollador de la técnica, guiada por el único tipo humano que ahora posee *sentido*: el trabajador. Después Jünger se ha distanciado en los hechos, pero no de manera expresa, de estas proclamaciones. Esto, como se verá luego, nos lleva al problema de la aproximación a lo político de toda su obra temprana. En los hechos, es decir, en su palabra escrita, la vía de trascendencia que el autor propone lleva a horizontes muy diferentes. Con todo, *El trabajador* parece una mezcla de alucinante visión del futuro —en este sentido una “utopía pesimista” como en Orwell—, junto a un tono de entusiasmo e invitación a participar en la obra del trabajador. Se trata de una suerte de *nihilismo*

¹ Ernst Jünger, *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt* [en castellano, *El trabajador. Dominio y figura*] (Hamburgo, 1937), p. 65.

activo, ya que el “trabajo es el tiempo del puño, del pensamiento, del corazón, la vida de día y de noche, la ciencia, el amor, el arte, la fe, el culto, la guerra; el trabajo es la oscilación del átomo y la fuerza que mueve las estrellas y al sistema solar.”¹ El autor ha defendido su libro, y los defensores del mismo se han hallado en los más encontrados rincones; hasta el día de hoy ha suscitado una extraña fascinación. Sin embargo, toda su obra posterior constituye una toma de distancia ante lo que aparece o como su última ebriedad juvenil, o como un *juego* para mostrar el advenimiento de la era desalmada de los *titanes*, una de sus figuras favoritas para definir el diagnóstico de nuestro tiempo.

El libro consiste, por una parte, en una *descripción* del advenimiento de la era del trabajador, y en este sentido constituye un diagnóstico de nuestra era que puede ser utilizado desde las más diversas perspectivas. Así se podría considerar un párrafo como el siguiente:

El trabajo no es, por tanto, actividad en general, sino que es la expresión de un ser especial que intenta llenar su espacio propio, henchir su tiempo propio, cumplir sus leyes propias. De ahí que el trabajo no conozca nada que se le oponga fuera de sí, no conozca ninguna antítesis; se parece al fuego, el cual devora y transforma todas las cosas susceptibles de combustión y al que sólo puede disputarle el terreno su propio principio, es decir, un contrafuego. El espacio de trabajo es ilimitado, de igual manera que la jornada de trabajo abarca veinticuatro horas. Lo contrario del trabajo no es el descanso o el ocio; no hay, desde este ángulo de visión, ninguna situación que no sea concebida como ángulo de trabajo. Como ejemplo práctico de esto cabe mencionar el modo que hoy se entregan los seres humanos a sus esparcimientos. Estos esparcimientos, o bien exhiben, como ocurre en el deporte, un patentísimo carácter de trabajo, o bien representan dentro del trabajo un contrapeso coloreado de juego, como ocurre en las diversiones, en las festividades técnicas, en las estancias en el campo, pero de ninguna manera representan lo contrario del trabajo. Con esto guarda relación el absurdo creciente de los domingos y días festivos de viejo estilo; de los domingos y días festivos de ese calendario que corresponde cada vez menos al ritmo modificado de la vida.²

Este párrafo se puede leer como una “crítica de la cultura”, una visión distanciada y pesimista acerca de las cualidades civilizadoras de la sociedad moderna, y el autor penetró en un trasfondo de nuestro tiempo.

² Este texto ha sido extraído de la traducción al español, *El trabajador. Dominio y figura* (Barcelona: Tusquets, 1993), p. 90.

Quizás se le puede añadir que existe un énfasis unilateral en los peligros del mundo moderno. Pero existe otro elemento que distingue a *El trabajador*, el entusiasmo con que acepta la realidad, que tiene mucho de un *pathos* de rasgos totalitarios:

Considerado de ese modo, el trabajador se halla en un punto tal que en él no es ya aplicable la destrucción. Esto rige a su vez para el mundo entendido como ciencia. Lo que en el primer caso se hace notar como la ausencia de una oposición esencial, de un contrario, en el segundo aparece como una imparcialidad nueva, como un servicio nuevo que la *ratio* presta al ser, un servicio que abre brecha en la zona del conocimiento puro y de sus defensas —esto es, de la duda— e instaura con ello la posibilidad de la fe. Es menester hallarse en los sitios donde cabe concebir la destrucción no como una clausura o término, sino como una anticipación. Es preciso ver que el futuro logra intervenir en el pasado y en el presente.³

Una visión como esta no se refiere únicamente al nazismo, ni siquiera a las ideologías y sistemas totalitarios (aunque en *este* libro hay indicaciones favorables a ciertos rasgos de la URSS). Se trata de que refleja un rasgo de la civilización moderna de querer vincular el advenimiento de la sociedad industrial con una esperanza de escatología secularizada, que en la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría adquiere una dimensión política. Como se dijo, la obra posterior de Jünger tomará esta posibilidad como objeto de crítica, pero aquí se realizó una labor de *medium*.

Por último, en este período se da otro tipo de obra —que es un lenguaje también presente en las obras señaladas—, ejemplificada por *El corazón aventurero* (1929), una colección de ensayos publicada como *Hojas y guijarros* (1934) y una alusión a su aventura en la Legión Extranjera, *Juegos africanos*. En esta literatura ya se anuncia lo que será la madurez del gran escritor, el interés “estereoscópico” por el cual ve la realidad simultáneamente como una experiencia en el sentido del “realismo”, y a la vez la maravilla e indicación de *trascendencia* que se percibe en la misma. Una expresión como “realismo mágico” sería insuficiente para caracterizar esta prosa de la que está ausente una destacada intención lúdica. La prosa es más bien un acto de ir más allá, de proyectarse a lo permanente de la existencia. Es la correspondencia con el acto heroico, que

³ *Ibidem*, p. 92.

⁴ Julien Hervier, *Conversaciones con Ernst Jünger* (Buenos Aires, México,

no tiene por qué tener “causas” para existir. Como lo ha dicho ya a los noventa años, la gloria “es como la cola inflamada de un cometa, que centellea todavía algún tiempo en la estela de la obra. Uno puede entonces preguntarse cuál es el propósito de la escritura, suponiendo que haya alguno: es el instante creador mismo en que algo se produce fuera del tiempo, el cual ya no puede ser anulado. El universo se ha afirmado en el individuo, y esto debe bastar, así sea que a algún otro se le ocurra o no”.⁴ Esto permite una licencia poética, que es la exploración por los confines ambiguos, aun al riesgo de producir ambigüedades, pues se transita por áreas un tanto antitéticas de la existencia. “Libros, que sólo llevan el nombre de tal, pero que en verdad son máquinas para la transformación del hombre. El lector entra en un gabinete henchido de rayos ultra. Cuando ha leído un libro, ha llegado a ser otro. Y la lectura será otra, acompañada de la conciencia del peligro.”⁵

Maduración: la escritura como salvación

La escritura como rito, como consagración; y la escritura como *aventura* en la zona del *peligro*. Aquí está condensada la misión que el escritor se ha impuesto, en toda su hondura y en toda su ambigüedad. Por una parte se trata de salvar al hombre por medio de la literatura; por la otra de una exploración distanciada que admira la maravilla, pero que toma una distancia íntima ante la Historia como suceder. No sólo el proceso histórico (sea lo que fuere lo que se entienda por ello) le es indiferente como campo de la acción, sino que la vida de la sociedad como organización, porque, parece decir, el hombre siempre se pierde en ese espacio: la retórica vacua y la funcionalidad en que consiste su meta devoran el crecimiento espiritual. Pero al mismo tiempo la acción de riesgo, por medios literarios, evoca con fuerza un pathos del guerrero y del aventurero como Alonso Quijano y Don Quijote (lo nombra repetidamente). Si esto tiene consecuencias políticas para el lector, entonces se pueden formar los malentendidos que se han desarrollado a partir de su obra temprana. Este es un destino de su escritura, similar a la de su admirado Nietzsche o la de su contemporáneo y amigo Heidegger.

Con todo, de aquí también arranca una exploración que se constituye en un sutil y poderoso aporte al pensamiento político y a la interpretación de la historia del siglo XX. En primer lugar, destacan en la década

Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1990; original, Paris, Gallimard, 1986), p.

1939-1949 tres obras que han pasado a ser parte de *la* literatura de nuestro tiempo: *Sobre los acantilados de mármol*, *Radiaciones* y *Heliópolis*, y de las cuales se nutrirá preferentemente esta selección. La primera es una novela que se pone en cierta manera en el género de las “utopías pesimistas” como las de Orwell. Ya no se describe un “mundo feliz”, sino que la destrucción de un orden, que no consiste sólo en la decadencia de las instituciones y las funciones, sino en una pugna moral que toca a todos los hombres. Lo peor que se teme sucederá necesariamente, y el ser humano se verá sometido a las más crueles injusticias. La reacción mecánica, que sólo piensa en términos de poder, de categorías y de armas se probará ampliamente insuficiente. Sólo el crecimiento interior y el aprecio por la *gratuidad* de la existencia puede establecer un puente a la salvación, que es y no es de “este mundo”, es decir, de la Historia que es inescapable y devoradora a la vez.

Las dos novelas presentan las características de todas las que les siguen, hasta nuestros días. Sus personajes, el tema, el paisaje, los parlamentos y los desenlaces no constituyen una historia concreta, ni un enigma que el lector siga con tensión por la incógnita de su desarrollo y probable fin. Tampoco son “novelas en clave”, en las cuales cada personaje y situación tiene su correspondencia con la realidad “verdadera”; se trata más bien de una escritura de significación eminentemente simbólica. Aquí yacen muchos de los equívocos de *Sobre los acantilados de mármol*. En parte por orgullo, Jünger nunca se adjudicó este libro como “resistencia” al régimen nazi, como fue vastamente interpretado en el extranjero; para el autor, se trata más bien de defender la universalidad y permanencia de su valor. El tema puede ser considerado como una recurrencia de la obra jüngeriana, la descomposición y derrumbe de un orden. Y la actitud que ante esta situación puede y debe tomar la individualidad, el “único” (*der Einzelne*), de manera de acceder a su núcleo indestructible, lo perdurable.

En *Heliópolis* se da una situación similar, pero más elaborada y con una prosa que puede figurar entre la mejor de Jünger. El héroe tiene en parte la actitud de Hans Castorp de Thomas Mann, la duda no sobre el campo al que debe servir, sino sobre el sentido de la eficacia. Definitivamente prefiere la lealtad personal, aunque también da tributo a las fuerzas que pueden protegerlo, aunque no redimir el derrumbe del orden social. La novela tiene algunas insuficiencias, o más bien, presenta insatisfacciones para el lector que recibe tanto de su autor, y que me parece es algo que se presenta en todas sus novelas posteriores. Sus personajes son quizás demasiado simbólicos. Especialmente débiles son los personajes femeninos, en

cuanto les falta corporeidad; la mujer ocupa un papel que le resta individualidad, y el eros —aparte de comentarios inteligentes— no abre a una comprensión estremecedora, como es la marca de una gran literatura en este plano. En estas novelas, y en casi todos sus ensayos también, el autor ofrece otro tema, sus consideraciones sobre la naturaleza, su amor por las flores, plantas y animales, los insectos. En el hecho ha llegado a ser un entomólogo de fama dentro del gremio. No pocas veces este rasgo adquiere connotaciones extrañas, alucinantes, y es imposible no pensar en una suerte de panteísmo. En todo caso, el orden de la naturaleza se le aparece como un refugio del hombre, mucho antes de que las modas ecologistas contemporáneas convirtieran esto en un fetiche.

Hay otro elemento en las novelas (en casi todas las que ha escrito) que es fundamental para su comprensión. La ambientación está dada por un paisaje social más allá de la modernidad, una suerte de poshistoria, al menos de la cultura occidental. Podríamos definirla como “posmoderna”, sino fuera porque este calificativo nos está prohibido usarlo con ganancia, ya que se ha convertido por arte de la moda en artículo de supermercado intelectual. Más bien las novelas reflejan la atmósfera en la cual se han desarrollado y concluido hasta su último extremo los conflictos que caracterizan a la modernidad. Desde luego no se trata de un tema “posmoderno” como la charlatanería en boga lo podría interpretar, sino de una forma de considerar a nuestro mundo desde una perspectiva que deje intocado un centro espiritual del hombre. Por lo demás, Jünger puede ser considerado como un representante de la visión cíclica de la historia; sólo que esto ha sido un fenómeno que ha acompañado desde mucho al desarrollo del mundo moderno, tanto que casi se le puede considerar una de sus muchas manifestaciones.

La tercera obra de este período, con las que se constituye en un escritor de magnitud, son sus diarios de la época de guerra, *Strahlungen*, o *Radiaciones* como han sido traducidos. El título indica hacia una sustancia jüngeriana: la luz y la oscuridad son perfectamente distinguibles, pero se presentan en rápida sucesión, y parecen inextricables. Ellas construyen “finas rejillas de luz y sombra”, cuyo objetivo final es mirar al “orden visible de las cosas según su rango invisible.” En el fondo hay un rasgo común con la empresa de juventud y con la posterior, la cotidianidad debe ser tomada de forma “estereoscópica”, como el tránsito de lo banal a lo maravilloso. El telón de fondo es fundamentalmente su vida como miembro del gobierno militar alemán en París, bajo el mando/protección del general Heinrich von Stülpnagel, después ejecutado por participar en el intento de golpe contra Hitler. Hay pocos testimonios de la guerra tan ricos en mostrar la

intensidad de las ambigüedades, contradicciones y dilemas angustiosos a los que la tragedia *titánica* colocó a sus participantes. Se trata de una obra testimonial, pero está lejos de agotarse en este aspecto. Aunque quedará como uno de los documentos más ricos de reflexión que provocó un conflicto paradigmático como ninguno, el *Diario* (o *Radiaciones*) es sobre todo un texto de “diagnóstico” sobre el sentido de la historia de nuestro siglo y del puesto posible para el hombre ante el acontecer. Anotemos que además es la obra donde más se acerca al cristianismo, pero ni aun en este texto se le puede entender como a un autor específicamente cristiano, aunque la religión como una vía salvífica sea fundamental en la obra total. En estos años se afina otra idea que venía de antes, pero que ahora definirá el espíritu de la obra total, la de la *verlorener Posten* “posición perdida” (o “avanzada perdida”). Un símil bélico, que se inspira en el pelotón que combate hasta el último hombre aunque la causa esté perdida y sus jefes ya no sepan nada de ella, aunque las ideas por las que mueran ya no signifiquen nada a nadie, pero donde la disposición a morir sin caer en la fiebre homicida le otorga un sentido que la muerte no puede extinguir. Hay que añadir que aun cuando un cierto “realismo heroico” de la obra temprana podría haberlo llevado hacia las aguas del existencialismo —de hecho Heidegger influyó en los franceses—, lo distingue de ese estado de ánimo la idea de que la defensa individual no es mero recurso contra el absurdo que se agita en sí mismo; al contrario, es la manera de encontrar un sentido trascendente.

La permanencia del autor

Las mismas ideas marcarían también el desarrollo posterior de nuestro autor. En una sucesión de ensayos y novelas mantiene una presencia imponente, no exenta de fuerte controversia —ocasionada casi invariablemente por su obra temprana—, en la literatura contemporánea, aunque no se le pueda clasificar en corriente alguna. Aquí se presenta una lista incompleta. El contundente ensayo *Más allá de la línea* (1950) que constituye un diálogo con Heidegger. *Tratado del rebelde* (1951), traducido también como *La emboscadura* (que rebela la dificultad de traducción; en alemán es *Der Waldgang*), en donde la posibilidad de retiro a una selva interior ha fascinado a generaciones. *Rivarol* (1956), un prólogo a la antología de este autor epigramático, un ilustrado que usa las armas de la Ilustración para criticar a la Revolución Francesa, con el que Jünger siempre ha sentido un parentesco; este prólogo es una de las manifestaciones políticas más impor-

tantes del autor y adicionalmente es una defensa contra la crítica de ser un dandi. *El libro del reloj de arena* (1957), en donde parte de su fascinación por un tipo de medición del tiempo que todavía no llega al “tiempo mecánico” del reloj posterior, y deja ver el diagnóstico sobre la civilización contemporánea. *Abejas de cristal* (1957), otra novela de anticipación. *En la muralla del tiempo* (1959), un ensayo en donde intenta reconciliar al hombre con la naturaleza, con el que círculos ecologistas posteriores —de los que el autor guarda distancia, como con alguna extrema derecha que lo sigue venerando— se han identificado. En *Máxima-mínima* (1964) pone la otra cara de *El trabajador*, el peligro del domino técnico y la respuesta posible. En *Aproximaciones* (1970) habla sobre sus experimentos con drogas en su juventud, y sobre los grados de ebriedad, su valor ritual y cognitivo, y la pérdida del mismo en una era de degradación de lo sacral. En *Eumeswil* (1977) Jünger ofrece algo extremadamente típico en él, la figura del “anarca”, que vive en el mundo y la sociedad, en la historia y en los entrecruces familiares y personales, pero no le pertenece a ninguna de esas esferas; personaje con algo de ambigüedad, puede revivir las polémicas en torno al rasgo dandista del autor. En *El autor y la escritura* (1984) lleva a una cumbre el arte epigramático, el desarrollo de frases breves, pensamientos que se expresan con austeridad de palabras, pero que se hilan en circunvalaciones en torno a los mismos problemas. También en *El problema de Aladino* (1983) surgen todos sus temas en torno a la reflexión por la industrialización del culto a la muerte, que no es sino otra faz del intento de olvidar la muerte en la civilización actual, uno de los temas recurrentes en Jünger. Los noventa años los celebra con una novela galante-policial, *Encuentros peligrosos* (1985), o una inquisición policial que termina explorando la condición humana. Su amor por la naturaleza, por los viajes en un mundo donde ha terminado el viaje, y su reflexión sobre la historia del siglo vuelve en *Dos veces Holley* (1987), acerca de su viaje a Indonesia y Malasia en el año del cometa, que él ya había visto en 1910; la paradoja del desencanto no es sino una metáfora de la angustia de la civilización. *Die Schere (La tijera)*, 1990), meditación sobre la vida más allá de la muerte. Su pasión por el viaje y la diferencia de culturas (alejado de las modas multiculturalistas en bogas en estos años) se reúne en una de las muchas colecciones acerca de sus diarios de viaje, *De la concha de oro. Paseos por el Mediterráneo* (1984), entre otras cosas un testimonio de su favoritismo por las culturas mediterráneas.

En la década de 1980 las cosas han cambiado un tanto para la irradiación del autor. La edad avanzada junto a la permanencia de su fertilidad han atraído la atención. Numerosos premios han revivido la

polémica, pero por sobre todo ha recibido abrumadores tributos de reconocimiento, llegando a la espectacularidad como su relación con François Mitterrand. En realidad, en Francia nunca dejó de ser un escritor apreciado. Su expansión por el mundo latino, especialmente el hispanoamericano, ha sido otro fenómeno que ha llegado a destacar el carácter de escritor paradigmático del siglo, y que a la vez se niega a ser meramente un hombre del siglo. Quizás aquí está la llave de su importancia.

Desde luego Jünger es un escritor polifacético, no sólo en sus temas sino también en sus aproximaciones. Cada nueva obra trae consigo una sorpresa y una faz nueva. Quienes lo siguen no pueden seguirlo en *toda* la obra. Algún juego de su escritura siempre encontrará nuestra extrañeza y quizás nuestro rechazo. El autor se ha defendido de la crítica de ser un dandi: aquel que por medio del esteticismo proclamado como programa de vida quiere establecer una clara demarcación entre él y la masa inculta. Jünger no quiere identificarse con el desprecio social que se encuentra en el dandi. Por otro lado su noción de la *désinvolture* tiene mucho de la soledad orgullosa y anárquica. También se relaciona con la creación cotidiana de una libertad interior, una contrapartida ante el avance arrollador del paisaje de la planificación de la vida y la dinamización de las fuerzas naturales, dos imágenes que de diversa manera se encuentran entre los demonios del autor.

El escritor y el orden social: problema y salvación

Es cierto que la obra jüngeriana no carece de problemas, más allá de la polémica ocasionada por parte de sus publicaciones de la ya lejana juventud. La figura del anarca, y más atrás la del rebelde o de quien ingresa al camino del bosque, la “emboscadura”, despierta una sensación de incertidumbre. En el camino del bosque, el de la libertad plena y peligrosa a la que se puede recurrir cuando el vínculo del hombre con el mundo se desmorona. La salida sólo puede ser un crecimiento interior que en el sólo internarse por el camino tiene efecto salvífico. En el anarca esto se complica un poco más. “Este es uno de los emolumentos del anarca: que se le recompensa y distingue por cosas que hace adicionalmente o incluso contra lo que se quería de él.”⁶ ¿Yace aquí, en el fondo, un llamado a la inacción? ¿O a la indiferencia egocéntrica? El autor lo negaría, pero se trata de una escritura que no puede ser leída como un complemento de la acción y

relación del hombre con la sociedad. El manejo del orden social requiere de las facultades organizacionales del hombre, pero a la vez es el campo de lo efímero, o al menos de lo irremediamente condenado, y con ello desengaña acerca de los furros que en un momento se presentan como los puntos cardinales de las creencias de época. En este sentido, la obra de Jünger como observador de los huracanes políticos del siglo, y diagnosticador (para tomar una caracterización que me fue sugerida por el historiador Mario Góngora) de la Historia, tiene gran valor testimonial.

En el hecho no se puede construir un ideario político a partir de Jünger. Se puede pensar a la sociedad y a la historia a partir de su escritura, pero no levantar un edificio conceptual para la acción política y social. No es que Jünger sea un pensador apolítico, que está más allá de la esfera en que se juega la construcción del orden social. Más bien, Jünger es un pensador *pre-político*, que entrega una palabra imantada de un “más allá” y que a la vez entrega una sutil y potente comprensión de nuestra era. El lector penetra a una escritura que ayuda a comprender a la política —en su acepción más amplia, sobre todo como el presunto “proceso histórico”— y a sobrevivir espiritualmente ante ella. Pero, con una disposición de ánimo como esta, ¿se puede desarrollar el vínculo necesario del individuo —de la individualidad— con su orden social, donde comienza toda política? Quien se inspire en este autor para proyectar su administración del poder, caerá en los mismos errores trágicos de sus antecesores de los años 1920; pero esta vez al escritor no se le podrá achacar responsabilidad alguna.

Si se cree —como en la tradición de pensamiento político de un Tocqueville, por ejemplo— que en lo político, el espacio público donde se administran en competencia de poder los problemas públicos, las inspiraciones políticas deben provenir de pensadores y fundadores de proposiciones vitales de tipo político, un pensamiento como el de Jünger es claramente insuficiente. Pero también desde este punto de partida se reconocerá que para que esas inspiraciones no devengan en instrumentos de poder nihilistas, deben estar apoyadas por la palabra que no rehúse una mirada a ese espacio, pero que esté situada más allá de él, que afine en una raíz que sobrepase a lo político y que auxilie al individuo. Si se quiere que la sociedad y la vida humana que ahí se cobije, esté animada de espontaneidad y a la vez orientada a un orden posible, entonces además habrá que escuchar reverencialmente a lo *no* político. Así será testimonio de una gran civilización, es decir de un orden que trate de conciliar hasta donde sea posible y por momentos efímeros pero eternos, valores contradictorios

⁵ Ernst Jünger, *Strahlungen* (München: DTV, 1988), 11 de marzo de 1944.

pero mutuamente enriquecedores, entre los cuales el hombre se desplace como por una cuerda floja. Es en esa encrucijada entre lo pre-político y lo sencillamente no político donde se encuentra la palabra de Ernst Jünger, y por eso puede hablar tan lúcidamente acerca de los fundamentos de lo político.

Esta virtud jüngeriana es un órgano representativo de la totalidad de su obra, pero no su centro nervioso, el corazón semántico. Sin embargo, en sus contorsiones y contradicciones se destaca su persistencia en un empeño que no cesa desde *Tempestades de acero* en 1920. Las críticas de elitismo que han llovido sobre el autor se disuelven instantáneamente si se mira por un instante quién es el destinatario de su escritura: todo ser humano individual que vea en su vida la cualidad “estereoscópica”. El hombre es lo que la psiquis y la biología determina, lo que la sociedad y la historia han pre-escrito, y a la vez una individualidad que alcanza ese rango en la medida en que vea la vida como auto-transformación, como “repetir la creación en lo percedero”.⁷ De hecho Jünger, como su amigo Mircea Eliade, ha sido uno de los pocos que han podido mantener con credibilidad un arte que evoque el acto cultural sin caer en los lugares comunes de ciertas vanguardias. Pues también se trata de un escritor que como pocos en su obra madura (en *Sobre los acantilados de mármol* ya es muy claro) se insiste en el valor del sentido común y del criterio, como lo atestigua su admiración por Rivarol. Tuvo su aprendizaje en las aventuras de su primer período. Ahora el aventurero y el dandi se arroja teniendo como trasfondo las vidas y medidas de la simple humanidad, lo único que puede dar sentido a la *diferencia*, una noción que hoy día se desfigura hasta lo irreconocible.

Si el autor no ha sido quien nos introduce a los laberintos del poder y de la Historia como deidad que nos arrastra o nos aplasta, ni quien nos entrega el conocimiento del recinto donde se aprende el manejo de las fuerzas manipuladoras; en cambio es la mano alada que nos salva de sus consecuencias. La salvación se da en esta immanencia, pero su punto de fuga está más allá de ella. Su prosa tiene una cualidad caritativa, dulce, casi se podría decir amorosa, que desgraciadamente casi siempre se debilita al ser traducida. Su origen en la figura del héroe (del “último héroe bélico” habría que añadir) no pretende ofrecer un arquetipo humano que esté en el superhombre titánico, ya que es precisamente contra la carrera del éxito simbolizada en esta imagen contra la que él se rebela. Eso siempre lleva al camino de la frustración y de la catástrofe, ya que está tocado por la fatalidad de la era del “plan”. “El modelo para el fracaso del plan lo representa el hundimiento del Titanic; esto constituye un punto de in-

flexión en la historia del progreso.”⁸ El hombre que no se alza sobre su época en esta época, está condenado a experimentar su vida como absurdo.

Hay que mirarlo de otra manera. El autor se dirige a *cada* hombre en la posibilidad de que él alcance lo indestructible de sí mismo, a aquel que quiera cruzar la frontera que separa al individuo de la individualidad. Es una lectura que debe ser compañía fiel de todo ser humano que se encuentre atrapado en el cuarto oscuro de la desesperación; y por cierto pobre de aquel que no haya tenido este privilegio en el curso de su vida. En este sentido, el testigo único de todo el siglo en su faz más claramente catastrófica, ha respondido con una escritura en la cual existe un rasgo cultual que es mucho más que dandismo. Lejos de las estridencias de la lejana juventud, apunta caritativa y serenamente a una zona “más allá de la línea” en donde toda vida es reivindicada.

Propósito de la selección

Toda antología muestra un propósito relativamente arbitrario para el lector. En Ernst Jünger esto se ve incrementado por la multiplicidad propia a la obra literaria, la diversidad de temas característicos al autor y el carácter testimonial de los principales textos antologados. Además, el carácter epigramático, sentencioso de su pensamiento impedía escoger capítulos representativos de un par de obras, o de una sola obra, como ha sido el caso de otros pensadores de esta serie. De todas maneras, el carácter polifacético de Jünger está bien retratado en una de sus obras cumbre, *Radiaciones*, y por ello es la principal fuente de la presente selección.

Se ha excluido toda selección de la obra temprana, y en este sentido algunos encontrarán absurdo que no haya una referencia a *El trabajador*. Ya me referí a que no lo considero todavía como parte de su obra madura.⁹ Además, toda su obra posterior parece consistir en una crítica a la visión del “trabajador”, como si fuera una alucinación que se debe conjurar. Lo mismo sucede con sus diarios y ensayos sobre la Primera Guerra Mundial, sobre los cuales el autor no tiene mayor necesidad de tomar distancia.

⁷ Ernst Jünger, *Auf den Marmorlippen* (Frankfurt: Ullstein, 1973), p. 68.

⁸ Ernst Jünger, *An der Zeitmauer* (Stuttgart: Klett, 1991), p. 37.

⁹ Para un análisis detallado de la obra temprana de Jünger, véase Joaquín Fermadois, *Política y trascendencia en Ernst Jünger 1920-1934* (Santiago: Andrés Bello, 1982, dos volúmenes). En Chile, y particularmente sobre los diarios de la Segunda Guerra Mundial, ha escrito también Martín Cerda. *La palabra quebra-*

Sucede que en ello no reside ni su prosa más inspirada ni su cumbre como escritor y pensador. El propósito de la antología es entregar una selección de lo más logrado del autor, dentro del espíritu de la colección de *Estudios Públicos*.

Existe otro criterio de selección que merece una palabra. Como se explicó, no estamos en presencia de un “pensador político”, aunque esto defina un rasgo central de su obra. Lo político queda mejor iluminado si incorporamos otras dimensiones de su escritura que no sólo lo explican, sino que son básicas para entender el lugar que las reflexiones políticas ocupan en la arquitectura total del escritor. Problemas como “nihilismo”, la “guerra”, la “naturaleza”, el “único”, la “técnica” o la “muerte” son recurrencias permanentes y expresas. Pero no menos lo es aquello que se puede definir como “trascendencia”; también para un comentarista de la historia del siglo, su interpretación, o su calidad de “diagnosticador” no podía sino ocupar un puesto de relevancia, y los acontecimientos cataclísmicos de los que fue testigo observador: la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto, los nazis. Y la tragedia de quienes defendían otra época en esa época, así como las muestras de bajeza humana. Desde luego estos temas están presentes en todo texto jüngeriano, por lo que la distinción puede aparecer artificial a los ojos del lector. Muchas veces opera aquí la elección arbitraria del antologista.

Tal como se dijo en la Introducción, el lector no debe olvidar que en las novelas de Jünger que aquí se utilizan, el autor no se refiere a una época concreta, ya sea Alemania nazi, la URSS o un sistema liberal antes o después de una revolución totalitaria o de otro tipo. Su mundo literario en parte contiene todas estas referencias concretas, pero no armadas con una intención de reconstrucción histórica, sino como simbólico de las potencialidades y peligros del alma humana y de las fuerzas de nuestro tiempo. Esto hay que tenerlo especialmente en cuenta cuando se lean los textos extraídos de *Sobre los acantilados de mármol* y de *Heliópolis*.

También hay que anotar que hemos excluido los textos que nos recuerdan al “esteta en guerra”, aquellos en que muestra una observación distanciada y fría de la realidad, la observación de hechos monstruosos como pura experimentación o despliegue dandista. Se ha abusado de esta interpretación, poniendo énfasis y repitiendo una y otra vez los mismos textos, en una descontextualización a veces vergonzosa. Este problema existe, y se han anotado algunas de sus implicancias en la introducción, pero en la repetición de un lugar común se nos esfuma el escritor y pensador. Aquí en cambio se entrega lo que al antologista le parece refleja los rasgos que interesan en la presente colección: la escritura de Jünger frente

a los hechos y del siglo; la posibilidad salvífica del hombre ante la historia. También se ha excluido, por motivos de espacio, toda referencia a uno de sus tópicos favoritos, la naturaleza, flores e insectos, que conforma un tema fundamental en el autor.

Textos escogidos:

Julien Hervier, *Conversaciones con Ernst Jünger* (México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1990; original, 1986). Citado como *Conversaciones*.

Ernst Jünger, *Sobre los acantilados de mármol* (Barcelona: Ediciones Destino, 1962). —
Citado como *Acantilados*.

Aladin's Problem (Stuttgart: Klett, 1983). Citado como *Aladin's*.

Annäherungen. Drogen und Rausch (Frankfurt, Berlín, Viena: Klett-Cotta, Ullstein, 1980; original 1970). Citado como *Annäherungen*.

Zwei Mal Halley (Stuttgart: Klett, 1987). Citado como *Halley*.

Heliópolis. Visión retrospectiva de una ciudad (Barcelona: Seix Barral, 1981). Citado como *Heliópolis*. Esta edición, además de problemas de traducción, tiene numerosas omisiones de textos representativos. En una ocasión se ha citado un original del alemán, *Heliópolis. Rückblick auf eine Stadt* (Thubingen: Heliopolis Verlag, 1949). Citado como *Heliópolis*, 2.

“Über die Linie”, en *Werke*, VII (Stuttgart: Klett, 1960-65); original. Citado como *Linie*.

Adnoten zum “Arbeiter” (Stuttgart: Ernst Klett, 1983; original, 1964). Citado como *Máxima-mínima*.

Aus der Goldenen Muschel. Gänge am Mittelmeer (Stuttgart: Klett-Cotta, 1984); original, textos de 1928 a 1979. Citado como *Muschel*.

Radiaciones. Diarios de la Segunda Guerra Mundial (Barcelona: Tusquets, dos vols., 1989 y 1992). Como es común al citar diarios de vida, en vez de la página se añade la fecha de la anotación. Citado como *Rad*.

Rivarol (Frankfurt: Fischer Bücherei, 1962; original 1956). Citado como *Rivarol*.

Der Waldgang (Stuttgart: Klett, Cotta, 1980; original, 1951). En la traducción se ha usado —con modificaciones comparando con el alemán— la edición en español, *Tratado del rebelde* (Buenos Aires: Sur, 1963). Citado como *Waldgang*.

An der Zeitmauer (Stuttgart: Klett, 1991; original, 1959). Citado como *Zeitmauer*.

Eumeswil (Barcelona: Seix Barral, 1980); original, 1977. Citado como *Eumeswil*.

El autor y la escritura (Barcelona: Godisa, 1987); original, 1984. Citado como *Autor*.

SELECCIÓN

¿Quién soy yo?

Autointerpretación del escritor

“Para mí el interés del diario es que devuelve el tiempo en detalle. Se podría definir la novela o la novela corta como una cristalización. El diario es más bien un mosaico; son fragmentos dispersos de un estallido

que, sin embargo, se dejan recomponer para dar un todo que será quizás, dentro de cien años, más sugestivo que una novela.” (*Conversaciones*, 83.)

“La situación [del escritor] puede incluso tornarse hasta tal punto amenazadora, filosóficamente, que el *opus* se aproxime al cuaderno de bitácora; algo de eso apunta por primera vez en *La voluntad de poder*. Son anotaciones tomadas durante el recorrido por los mares donde se deja sentir la succión del Maelstrom y emergen monstruos a la superficie. Vemos cómo el timonel, mientras observa los instrumentos de a bordo, que poco a poco van poniéndose al rojo vivo, no olvida un solo instante el rumbo que sigue y el destino hacia el que navega. Investiga en qué derroteros son posibles las rutas extremas, donde luego naufragará la razón práctica. La captación espiritual de la catástrofe es más temible que los horrores reales del mundo del fuego. Esa captación es un riesgo que sólo pueden correr los espíritus más osados, los capaces de soportar grandes cargas, de hacer frente a las dimensiones de los acontecimientos, bien que no a su peso. Quedar despedazados de ese modo fue el destino de Nietzsche, al que hoy es de buen tono lapidar. Después de un terremoto la gente golpea a los sismógrafos. Pero si no queremos contarnos en el número de los primitivos, no podemos hacer expiar a los barómetros por los tifones.

Poe, Melville, Tocqueville, Dostoievski, Burckhardt, Nietzsche, Rimbaud, Conrad, a todos ellos se los encontrará conjurados con frecuencia en estas páginas como augures de las profundidades del Maelstrom a que hemos descendido. La catástrofe fue prevista en todos sus detalles. Pero a menudo los textos eran jeroglíficos; hay así obras para las cuales no hemos madurado hasta hoy como lectores. Se asemejan a transparencias cuyos letreros son desvelados por el resplandor del mundo del fuego.” (*Rad.*, Prólogo, 11.)

“Mi autoría en la Segunda Guerra Mundial se limita a estos seis diarios, si exceptúo una correspondencia muy abundante y algunos escritos menores. Uno de éstos es mi tratado *La paz*, cuya prehistoria va entrelazada con la parte parisina de estas anotaciones. Seguramente las fechas podrán corregir varios errores, como el que asevera que ese llamamiento es fruto de la derrota. Hoy es preciso contar, desde luego, con la interpretación más vulgar y a menudo también con la más insidiosa. En mi trabajo he nadado siempre contra la corriente, jamás he seguido la estela de ninguna de las fuerzas dominantes; así también en este caso. Antes bien, por el contrario, la planificación de ese escrito coincide con la máxima extensión del frente

alemán. Su finalidad es puramente personal; debía servir a mi propia formación, en cierto modo como entrenamiento en la justicia.

La inminencia de la catástrofe me puso en contacto con los hombres que planificaron el temible riesgo de abatir al coloso antes de que, acompañado de un séquito infinito, encontrase su meta en el abismo. No era sólo que yo enjuiciase de modo diferente la situación, si bien me sentía hecho de una substancia diferente de la de ellos, si exceptúo a espíritus amigos de la musas como Hans Speidel y Heinrich von Stülpnagel. Pero ante todo yo estaba convencido de que, sin un Sila, todo ataque a la democracia plebiscitaria conduciría necesariamente a un reforzamiento ulterior de lo inferior; y eso fue también lo que ocurrió y lo que sigue ocurriendo.

Hay, sin embargo, ocasiones en las que no es lícito prestar atención al éxito; entonces se está desde luego fuera de la política. También de aquellos hombres es válido eso, y de ahí que ganasen moralmente donde fracasaron históricamente. Su sacrificio es de aquellos que no son coronados por la victoria, pero sí por la poesía. Consideré un honor el contribuir a aquella acción con mis medios, y fue en aquel contexto donde mi escrito tomó la forma de un llamamiento a la juventud de Europa. Entretanto mi escrito influyó también en el pequeño grupo de hombres que estaban aguardando la consigna. Así fue como lo leyó Rommel antes de enviar su *ultimátum*. La bala certera que lo alcanzó el 17 de julio de 1944 en la carretera de Livaroth privó al plan de los únicos hombros a que cabía confiar el temible peso de la guerra exterior y de la guerra civil; del único hombre que poseía ingenuidad suficiente para dar la réplica a la temible simplicidad de los que iban a ser atacados. Fue un presagio inequívoco. En aquellos días aprendí más cosas que con la lectura de bibliotecas enteras de historia, incluso más cosas que con la lectura de Shakespeare, en cuyo *Coriolano* me refugiaba a menudo. Sólo breves alusiones a esto se encontrarán en estas páginas, pues su misión no es política, sino pedagógica, autodidáctica en un sentido superior: el autor permite al lector que comparta su evolución. También me estará permitido decir que ya entonces me hallaba cansado del caleidoscopio histórico-político y que no aguardaba ninguna mejora de su pura inversión. Dentro del ser humano es donde es menester que se desarrolle un nuevo fruto, no en los sistemas.” (*Rad.*, Prólogo.)

“Siempre he sido sensible a las desgracias; mas, para mi desdicha, a las que no están de moda. A mí me parece, sin embargo, que esto, el no estar de moda, es uno de los atributos por los que es posible reconocer las desgracias auténticas.” (*Rad.*, 14 de junio de 1940.)

“Si cierro los ojos diviso a veces un paisaje oscuro donde hay piedras, acantilados y montañas al borde de la infinitud. En el fondo, junto a la orilla de un mar de color negro, me reconozco a mí mismo, una minúscula figurilla dibujada con tiza. Ese es mi puesto avanzado, muy cerca de la nada; allá abajo, junto al abismo, combato por mí.” (*Rad.*, 9 de julio de 1942.)

“La *désinvolture* es una especie de naturaleza superior, el movimiento espontáneo del hombre libre dentro del atavío que le viene de la naturaleza. La encuentras en los juegos, los torneos, la caza, los banquetes, y en los campos de batalla, donde presta a las armas su fulgor. Pero debe estar acompañada por la *souplesse*, la flexibilidad. La palabra viene del provenzal: *supplex* es el que dobla, flexiona la rodilla. Puedes saber que posees *désinvolture* cuando los hombres te juzgan digno de su trato; que posees flexibilidad, cuando las mujeres te honran con su afecto.” (*Héliópolis*, 113.)

Escritura

“Entonces no podemos participar del llamado de Spengler a la nueva generación: ‘dedicarse a la técnica en vez de la lírica, a la marina en vez de la pintura, a la política en vez de la crítica del conocimiento’. Por cierto, antes de nuestro impulso debemos despojarnos de lo superfluo. Todos hemos debido hacerlo con mayor o menor voluntad. Pero el poema pertenece a la esencia del hombre, no a su equipaje. Permanece como una identificación, su señal, su santo y seña.” (*Zeitmauer*, 15.)

“‘Pero en el interior sí está hecho’ [Goethe]. Una frase para meditar, llena de significado. Existe una realización de nuestras acciones en el absoluto, un complemento que es siempre independiente del éxito o del fracaso. Eso representa un gran consuelo. Nuestras acciones son comparables a disparos que estuviesen animados de una fuerza duplicada. Por un lado, son como flechas disparadas por el arco de la vida; esas flechas están sujetas al azar, a la fuerza de la gravedad, al viento. Dan en el blanco o fallan; no está en nuestras manos determinar la trayectoria que siguen. Pero a la vez la cuerda, al estar tensada también por fuerzas de amor, lanza la flecha hacia lo que está encima de lo real, en una trayectoria recta, que

alcanza su meta en lo invisible. Hay siempre un segundo destinatario de nuestras palabras, de nuestros actos, de nuestros pensamientos.

Escribimos una carta a uno de nuestros allegados y la llevamos al correo. En el instante en que la echamos al buzón pensamos en el destinatario y nos invade la duda, la preocupación, de si llegará. Cuando reina el caos, esta preocupación es muy grande. Y, sin embargo, resulta consolador el pensamiento de que, llegue o no llegue a su destino, la carta la hemos escrito. Sentimos que eso ha introducido una modificación en el mundo. Es un sacrificio que hemos ofrecido aunque nadie la lea. Pues ‘en el interior está hecho’.

Algo parecido ocurre con nuestra preocupación por los ausentes. Los pensamientos giran en torno a los guerreros, a los desaparecidos, a los prisioneros. Tal vez no nos lleguen nunca noticias de ellos, tal vez hasta varios años más tarde no nos enteremos de que cayeron en la guerra. Y nunca parecerá más fuerte el soplo de lo absurdo que cuando nos es preciso reconocer que estuvimos angustiándonos por una persona convertida en podredumbre hacía ya mucho tiempo. Pensábamos en ella como si estuviera viva. Hay algo maravilloso sin embargo en ese ‘como si’. Deberíamos pensar en cada muerto como si estuviera vivo, y en cada vivo como si estuviera ya separado por la muerte. Así nuestros deseos apuntan más alto, a la persona invulnerable. Y si tensamos bien el arco, experimentaremos el instante maravilloso en que nos llega la respuesta. Pues en el interior ya está hecho.” (*Rad.*, 2 de diciembre de 1948.)

“El ingreso al arsenal interior del lenguaje sólo les es posible a algunas personas, a la inversa (del desempeño) de trabajos lógicos, como en la física, en donde son útiles la división del trabajo y el empleo de medios matemáticos o incluso maquinales. Desde siempre esta ha sido la diferencia fundamental entre la obra banaúsica y la de las musas.” (*Rivarol*, 29.)

“No me puedo imaginar un día sin lectura, y a menudo me pregunto si no debiera haber vivido como lector. El mundo de los libros sería entonces el verdadero, frente al cual la experiencia sólo sería la comprobación esperada; y esta esperanza sería siempre desengañada. Esto se debe originar en que los autores tratan los asuntos en un orden superior, y que se imprime mejor que el tejido de las casualidades biográficas. Sólo vemos el reverso del gobelino. Por ello me encuentro mejor en una buena novela que en mi propia biografía.” (*Halley*, 37.)

“—Nadie puede saber lo que dentro de cincuenta años escribirá alguien sobre esta conversación nuestra.

Desde luego eso es verdad, pero no es posible cambiarlo; nuestras palabras son proyectiles que lanzamos. No podemos saber sobre quién irán a caer detrás del muro de los años. Y eso ocurre de manera especial en las cercanías de los grandes individuos; éstos actúan como lámparas en la oscuridad del olvido.” (*Rad.*, 25 de junio de 1943.)

“A eso hay que decir: lo digno de veneración no es el lenguaje, sino lo inexpresable. Lo que hay que venerar no son las iglesias, sino lo invisible que vive en ellas. A eso es lo que el autor se acerca con palabras, sin alcanzarlo jamás. La meta del autor queda allende la lengua, ésta no la aprehende nunca. El autor lleva con palabras a lo silencioso. Las palabras son su herramienta y lo que hay que aguardar es que la mantenga en orden, que se ejercite en ellas sin cesar. El autor no debería dejar pasar una sola sílaba de la que no estuviese contento, pero tampoco debería figurarse nunca que posee maestría. Siempre ha de estar descontento consigo mismo.” (*Rad.*, 14 de diciembre de 1944.)

“Dos son los métodos para dispersar la concentración de los espíritus en torno al punto cero. Cabe limitarse a dar a conocer las reglas racionales de la navegación que conducen fuera de la zona de los hielos, o bien cabe dar a esos espíritus una imagen de la abundancia que reina en las latitudes meridionales. En este último caso es preciso exhibir frutos. Entre ellos está el poema. La palabra trae muestras de Nuevos Mundos, perfumes y semillas de islas desconocidas. En este sentido el poema posee una mitad profética, que está en correspondencia con su mitad etimológica. No sólo tiene fuerza histórica, también tiene fuerza creadora. De ahí que uno de los indicios de la catástrofe sea la extinción de los poetas.” (*Rad.*, 16 de septiembre de 1945.)

“También nos atormentaba una idea propia de quienes trabajaban en una obra del espíritu. Habíamos consagrado algunos años al estudio de las plantas, no ahorrando en ello esfuerzo ni molestias. Con sumo agrado, además, habíamos sacrificado en ella parte de nuestra herencia paterna. Habíamos llegado a la hora de recoger los primeros frutos. Además, estaban las cartas, los escritos, las colecciones y los herbarios, los dietarios de los años de guerra y de viajes, y sobre todo los materiales referentes al lenguaje, que habíamos ido coleccionando como si se tratara de mil peque-

ñas piedras de un bien diseñado mosaico. Únicamente habíamos publicado una pequeña parte de aquellos manuscritos, pues hermano Othón sostenía que componer música para sordos es un mal oficio. Vivíamos en tiempos en que el autor está condenado a la soledad. Y, sin embargo, pese a tal circunstancia, nos hubiera agradado ver algunas páginas impresas, y ello no por razones de gloria, que entre las formas de la ilusión cuenta lo que un instante, sino porque lo impreso lleva el sello de lo inmutable, cuyo aspecto incluso alegra el corazón del solitario. Pues nuestra marcha es más cómoda y soportable cuando todo queda en orden.” (*Acantilados*, 97-98.)

“En el grado supremo del orden, los rayos cósmicos y los rayos terrenales se hallan de tal manera entretreídos que súbitamente resplandecen diseños llenos de sentido. Es una señal de que la vida de los seres humanos, la vida de los pueblos se ha logrado. Símbolos de tales diseños son las flores; de ahí la palabra *cultura*, cultivo, y de ahí el papel que las flores desempeñan en las parábolas. Y de ahí también el hondo y a menudo conmovedor anhelo de obras de arte sentido por el pueblo. Ese anhelo tiene una razón de ser, pues vastos territorios pueden cristalizar si se logran diseños llenos de sentido, aunque su superficie no sea mayor que la palma de la mano. Así las cosas, ni siquiera el carácter masivo de la marcha hacia abajo puede causar angustia. Hay en la obra de arte una gigantesca fuerza de orientación.” (*Rad.*, Prólogo.)

“André Gide opina en su *Diario* que Goethe contribuyó más a la felicidad de los demás relatando su vida feliz, que si hubiera empleado su vida en luchar contra la miseria de aquéllos. Un importante pensamiento que fue cuestionado muchas veces y que en nuestra época cae en un terreno especialmente desfavorable. El hombre de las Musas, que sacrifica su vida a la obra, no puede menos que estar de acuerdo con Gide. El autor no se plantea a sí mismo el problema en términos morales, sociales o hedonísticos. Para él puede ser tan imperativo y necesario, y también más fructífero, exponer la propia desdicha y no la propia felicidad. Esto forma parte del amor por lo más lejano y produce efectos hasta en esferas desconocidas y épocas alejadas. Boecio sigue aún consolando desde su calabozo.” (*Autor*, 75.)

“Un autor tiene siempre una acción política. Incluso si se mueve en regiones templadas por la suavidad de la amistad, como Rousseau, su influencia puede ser enorme: va hasta los septembristas. Sin embargo, prefiero la posición y la actitud de San Antonio. Creo que era en El Cairo:

protestó, pero mostró sus cartas. Cuando un autor se descubre en su sustancia, sin tratar de ejercer una influencia por un esfuerzo de voluntad, esto puede producir repercusiones más importantes que si se lanzara a una repercusión política. Y las corrientes intelectuales son con frecuencia muy diversas, muy contradictorias. Digo gustosamente que prefiero dibujar una carta geográfica antes que hacer el papel de poste indicador [en referencia a *Sobre los acantilados de mármol*]. [...] Efectivamente [puse en tela de juicio al nazismo]; pero al mismo tiempo yo había sido interpelado por la musa, si lo puedo decir así: la situación política había alcanzado su punto de concentración poética y, en consecuencia, es por eso que la obra ha tomado un alcance político. Pero la significación política no basta: es necesario volver a la serpiente, a los perros, a los detentores del poder, a los mártires tales como el príncipe Sunmyra, que encarna una especie de presentimiento del Conde Stauffenberg. Todos los datos políticos son efímeros, pero lo demoníaco, lo titánico, lo mítico que se disimula detrás, se conserva constante y guarda un valor inmutable: los *Acanilados* conservan hoy todo su sentido en otras regiones que no son aquellas en que vivimos.” (*Conversaciones*, 79.)

“El buen autor, como el buen mariscal de campo, tiene siempre algo de reserva: no se entrega por completo, no se compromete enteramente con la época y sus poderes; tampoco percibe todas las ventajas ni admite cualquier recompensa.” (*Autor*, 16.)

Trascendencia

“Las personas están separadas de la trascendencia, la trascendencia se pierde. Pero cuando alguien conserva todavía de una manera cualquiera esta relación con la trascendencia, está ‘en última instancia’ al abrigo de la angustia. Puede tener la sensación de una participación, puede decirse que pasan cosas terribles; pero detrás de ellas despunta una gran luz.” (*Conversaciones*, 116.)

“Tiene razón Heráclito: nadie cruza dos veces el mismo río. Lo que en ese cambio hay de misterioso es que responde a modificaciones en nuestro interior: somos *nosotros* los que nos formamos en el mundo, y lo *que* nosotros vivimos no está sujeto al azar. Es nuestro estado interior el que atrae y selecciona las cosas: el mundo es como lo hemos creado *nosotros*. Cada uno de nosotros es capaz, por tanto, de transformar el

mundo; ése es el enorme significado que le ha sido conferido al ser humano. Y de ahí que sea también tan importante el que trabajemos en nosotros.” (*Rad.*, 23 de junio de 1940.)

“Cuando alguien está cercado y no le queda salida ninguna, debe darse a conocer como un navío de guerra que iza su bandera.” (*Rad.*, 23 de noviembre de 1941.)

“Es preciso que el *opus* alcance un nivel en el que se torne superfluo por cuanto transparenta eternidad. A medida que el *opus* se acerca a la belleza más alta, a la verdad más honda, va ganando también rango invisible; y el pensamiento de que perecerá en cuanto obra de arte, en sus símbolos fugaces, es un pensamiento que causa cada vez menos dolor. Lo mismo cabe decir de la vida en general. Es preciso que en ella alcancemos un nivel en que se sea posible realizar de un modo fácil, osmótico, el tránsito; un nivel en que la vida *merezca* la muerte.” (*Rad.*, 10 de marzo de 1942.)

“Lo que el ser humano preserva con tanta ansiedad es lo mejor y lo peor de sí. Aunque mediante la confesión se quite de encima el peso de lo malo, lo mejor de sí lo reserva únicamente para Dios. Las cosas nobles, buenas y santas que hay en nosotros, quedan lejos de la esfera social; esas cosas no son comunicables. [...] La significación enorme, también salútfera, de la oración consiste en que abre por un instante los pliegues del corazón, haciéndolos accesibles a la luz. Sobre todo en nuestras latitudes nórdicas es la oración lo que proporciona al ser humano la única puerta que conduce a la verdad, a la sinceridad total, sin reservas. Sin la oración resulta imposible al ser humano no tener dobleces, no albergar cámaras oscuras, incluso en sus relaciones con los seres más próximos y queridos; la educación lo haría callar donde no le impusiera silencio la prudencia.” (*Rad.*, 2 de octubre de 1942.)

“Medida en su resultado final, no en los diversos puntos de su recorrido, la suma de la vida da una magnitud fija, a saber: la efigie del destino que se nos ha asignado y que, visto temporalmente, aparece compuesto de innumerables puntos casuales. Vistos metafísicamente, tales puntos no existen en la carrera de nuestra vida, como tampoco existen en la trayectoria de una flecha. Después, la solución teológica de ese laberinto dada por espíritus excelsos como Boecio. El azar permanecerá impotente mientras sigamos nuestro destino; lo que a nosotros nos guía es la confianza en la Providencia. Si perdemos esa virtud, entonces el azar queda libera-

como regulativo, como fuerza que nos hace invulnerables. El azar permanece cristalizado, calculable.” (*Rad.*, 7 de marzo de 1944.)

“Hay en la vida la cadena de la causa y el efecto; en esa cadena no hay discontinuidad. La causa es lo posterior. Pero hay también la cadena de la profecía y el cumplimiento; aquí es el cumplimiento el que pone la profecía, que es lo primero. Este segundo entrelazamiento es más profundo y se presenta en un orden temporal invertido. De ahí también que la impresión que nos deja sea más significativa y se apodere de nosotros de manera misteriosa. A veces nos percatamos de que en nuestra vida han sido proféticos un acto, un encuentro, una palabra. Eso puede arrojar luz sobre un pasado lejano, como si se dorasen los eslabones de la cadena de hierro. Lo feo puede presentarse como molde, el dolor como sacrificio, el azar como necesario. En las grandes horas del destino puede llegar a ser profético todo aquello que alguna vez fue. El traje del destino se vuelve magnífico; el azar ha causado efectos en la tela de que está hecho. El Gran Mediodía arroja una luz sin sombra. Entonces queda borrada la culpa. Saltan los cerrojos y los prisioneros quedan libres. Así es también cómo la hora de la muerte marca el punto en que la vida se convierte en profecía. La luz es la otra cara, la luz que procede del cumplimiento da sentido a la vida. Ahora refulge de repente lo que en ella era más hondo que la causa y el efecto.

En recuerdo de Harry von Jeisen, que ayer sufrió un accidente mortal.” (*Rad.*, 10 de abril de 1948.)

“Y, sin embargo, todo lo exquisito es una dádiva del azar, y lo mejor de la vida es siempre gratuito. A decir verdad, se necesitaba tener un espíritu tan imparcial y libre como el del hermano Othón para poder crear una armonía semejante a la que reinaba entre nosotros. Hermano Othón tenía por principio tratar a las personas que se le acercaban como si éstas fueran inestimables tesoros descubiertos a lo largo de un viaje. Por otra parte, gustaba llamar *optimates* a los hombres, con lo que daba a entender que todos forman la aristocracia natural de este mundo y que cada uno de ellos, por otra parte, puede hacernos un gran bien. Concebía a los hombres como depositarios de algo maravilloso y a todos les dispensaba un trato principesco.” (*Acantilados*, 29.)

“Y al seguir el ejemplo de Linneo tuvimos la sospecha de que un profundo orden gobierna la vida de la Naturaleza; pues el hombre siente la necesidad de imitar con su débil espíritu el milagro de la creación, de la

que con creces recompensaba nuestros esfuerzos era el tener la certeza de que el orden y la ley incluso están presentes en lo que nosotros llamamos desorden y azar. Cuanto más ascendemos, más nos acercamos al misterio que el polvo oculta. Así, la confusa imagen de los horizontes se amplía y perfila con cada paso que damos hacia la cúspide de la montaña, y, al llegar a cierta altura, en cualquier lugar que estemos, nos sentimos rodeados por un anillo purísimo que es como la alianza de la eternidad.” (*Acantilados*, 35-36.)

“Cuando vemos a alguien hacer algo por última vez, aunque sea tan sólo comer un trozo de pan, esta acción adquiere una prodigiosa profundidad. Asistimos a la transformación de lo efímero en sacramental. Barruntamos los tiempos en los que esta visión era además la de cada día.” (*Eumeswil*, 120.)

“Una comparación al respecto. Cuando en la playa buscamos valvas y conchas de caracol nos asombran los espirales y las ondulaciones, las estrías longitudinales y transversales. Pareciera que el mar, con sus flujos y reflujos, con sus remolinos y sus giros, se ha dibujado en ellas y las ha configurado. Han sido sacadas a la luz por la rompiente y serán desmenuzadas por ella o se desharán en polvo sobre la costa. El espíritu de las aguas las ha desplegado con magníficas ilustraciones y volverá a introducirse en ellas. Y sin embargo no se ha eternizado en ellas nada, pero sí ha acontecido algo en el margen de la eternidad. En el seno de la creación tiene que existir una memoria o un instinto que recuerda el origen y anhela retornar a él. Es así como el espíritu es convocado a la creación. Esto es una plegaria.” (*Autor*, 110-111.)

“El mundo es milagroso en su totalidad, por eso no hay que esperar milagros de las plegarias; éstas tendrían más bien que confirmar con gratitud el milagro.” (*Autor*, 117.)

Muerte

“La valoración de la muerte es el más fuerte indicio no sólo de la diferenciación del individuo sino también de los pueblos y eras íntegras.” (*Autor*, 136.)

“Eternamente idéntica permanece, en cambio, la distancia absoluta

que nos separa de la muerte. Basta un paso para recorrerla; y si estamos decididos a osar ese paso, entonces todas las demás cosas forman parte del mundo de la representación o de la tentación. Las imágenes con que las cosas nos salen al encuentro en ese camino son reflejos de nuestra debilidad —cambian con los tiempos en que hemos nacido—.” (*Rad.*, 6 de junio de 1940.)

“En el marco de mi trabajo sobre la lucha entre el ejército y el Partido Nazi por lograr el predominio en Francia estoy traduciendo las cartas de despedida de los rehenes franceses que fueron fusilados en Nantes. Esas cartas han caído en mis manos junto con las actas y quiero ponerlas a buen recaudo, pues de lo contrario tal vez se perderían. Su lectura me ha reconfortado. En el instante en que se le anuncia la muerte, el ser humano parece sustraerse de la voluntad ciega y darse cuenta de que el amor es la más íntima de las relaciones. Además del amor, quizá la muerte es la única benefactora que hay en este mundo.” (*Rad.*, 8 de diciembre de 1941.)

“En las cartas de los rehenes franceses fusilados, que estoy traduciendo como documentos para tiempos futuros, me llama la atención el hecho de que las dos palabras más frecuentes sean ‘coraje’ y ‘amor’. Quizás aparezca todavía más veces la palabra ‘adiós’. Parece que en esas situaciones el ser humano nota en su corazón una capacidad de bendecir y una sobreabundancia de riquezas y comprende que el papel que le es propio es el de la víctima sacrificada, el de dispensador de dones.” (*Rad.*, 10 de diciembre de 1941.)

“La lectura del citado expediente me ha emocionado por una razón especial. Yo añadí a mi descripción de los hechos la traducción de las cartas de las víctimas de Nantes que, inmediatamente antes de morir, se despiden de sus allegados. Esas cartas reflejan la grandeza que el ser humano adquiere cuando ha dicho adiós a la voluntad, cuando ha abandonado las esperanzas. Entonces se elevan unas señales diferentes. Se pierde el miedo y el odio; aparece la imagen pura del ser humano. El mundo de los asesinos, de los vengadores furiosos, de las masas y de los procónsules ciegos se hunde en las tinieblas; una gran luz lanza por anticipado sus destellos.” (*Rad.*, 24 de septiembre de 1945.)

“Pero lo más maravilloso del mundo es ese contacto que se establece entre el oscuro cetro y un ser tocado por él. Es algo que no admite parangón con el nacimiento, el cual no es sino el brote de una vida que ya

el oscuro mar. La ciencia verdadera consiste en sondear ese mar, aunque sólo sea en los bordes y en los sitios donde rompen las mareas; nada más que banalidades son la física y la técnica cuando se las compara con esa ciencia.” (*Rad.*, 19 de julio de 1942.)

“Desde el principio habían existido dos clases de honores fúnebres, de los cuales el más usual era el *elegeion*. El *elegeion* era la ofrenda que se dedicaba a una vida que había discurrido honestamente entre la amargura y la alegría, tal como nos está acordado a nosotros los humanos. Se celebraba en un tono de queja, pero era aquella una queja llena de serenidad, de tal suerte que el corazón se reconfortaba de sus tristezas. Pero también existía el *eburnum*, reservado en la antigüedad a los vencedores de aquellos monstruos que frecuentaban los pantanos y los desfiladeros. El *eburnum* clásico debía tener lugar entre una grandiosa alegría, y debía terminar con la *admiratio*, durante la cual un águila negra salía de una jaula, que alguien rompía al efecto, y se remontaba hacia las alturas. A medida que los tiempos fueron perdiendo su antigua rudeza, se fue tributando el *eburnum* a aquellos a quienes se llamaba acrecentadores u *optimates*. El pueblo siempre había sabido por instinto quiénes eran éstos, si bien las imágenes de los antepasados fueron alternándose al tiempo que la vida se fue haciendo más refinada.” (*Acanilados*, 59-60.)

“Por la tarde en el cementerio de Père-Lachaise. [...] En estas grandes necrópolis la cultura se hace visible como unidad, se hace visible en ese su poder sosegado, que está allende las luchas. Los muertos han regresado a su fondo materno y ahora son inatacables; los hombres, en vez de seguir combatiéndose unos a otros, se suman. Vemos aquí lo que en los pueblos es indeteriorable, y que es como el espacio que queda detrás del escenario; pero mientras que en éstos los actores vuelven a convertirse en seres humanos, en el cementerio se reconvierten en espíritu. Los muertos poderosos; ¿cómo ha podido perderse ese conocimiento?” (*Rad.*, 2 de agosto de 1942.)

“En Leisnig acudí enseguida al cementerio, tras haber saludado brevemente a mis hermanos. [...] En el ataúd abierto, colocado sobre un alto catafalco, vestido de frac, mi padre, en una gran lejanía, solemne. [...] Alegría de encontrarlo todavía antes de que me lo ocultase la tierra. Pensamiento: “¿Estará dándose cuenta ahora de esta visita mía?” Toqué su brazo, que había adelgazado mucho, toqué su fría mano; como para descongelarla, una lágrima cayó sobre ella. ¿Qué significado tiene ese silencio enorme

“En el Raphael un acceso de tristeza ha vuelto a despertarme. Son cosas que vienen como la lluvia o la nieve. Se me ha hecho clara la distancia enorme que a los seres humanos nos separa, una distancia que cabe medir precisamente si pensamos en las personas que nos son más queridas, que más cerca nos quedan. Estamos separados unos de otros, igual que las estrellas, por profundidades infinitas. Pero las cosas serán diferentes después de la muerte. Lo hermoso de la muerte es eso, que al extinguir la luz corporal elimina también esa distancia. Estaremos en el cielo. [...] El combate de la vida, la carga de la individualidad. Frente a eso, lo indiferenciado, con sus remolinos cada vez más hondos. [...] Finalmente la muerte: ella derriba las paredes que separan a los individuos. La muerte será el instante en que se nos otorgará el don supremo, *Evangelio de San Mateo*, XXII, 30. Sólo más allá de la muerte, sólo más allá del tiempo han atado su nudo místico todos nuestros vínculos auténticos. Cuando la luz se extinga nos convertiremos en videntes.” (*Rad.*, 22 de febrero de 1942.)

“Cierta que el padre Lampros sonreía al decir que también existen sarcófagos para el espíritu. La hora del aniquilamiento era, al contrario, la hora de la Vida. Así, claro está, podía hablar un sacerdote que se sentía atraído por la muerte como por los lejanos caracteres sobre cuyos torbellinos se posa el arco iris. Pero nosotros estábamos en la plenitud de la vida y sentíamos gran necesidad de aferrarnos a los signos que los ojos del cuerpo distinguen con claridad.” (*Acanilados*, 100.)

“Cuando los seres humanos combaten en niveles espirituales incorporan la muerte a su estrategia. Adquieren así una especie de invulnerabilidad; de ahí que los asuste poco el pensamiento de que el enemigo procura privarles del cuerpo. En cambio, tiene suma importancia el que la muerte ocurra de manera adecuada, en un combate que brille como un símbolo y en el que ellos aparezcan erguidos como buenos testigos. A veces, esos hombres despiertan tal vez la impresión de que retroceden ante la muerte; en eso se asemejan, sin embargo, al general que retrasa el dar la señal de ataque hasta que la hora es propicia. Hay diferentes modos de alcanzar la victoria.

El enemigo intuye esto a su manera obtusa, y de ahí su cólera terrible, devastadora, en los sitios donde le sale al encuentro el espíritu auténtico. De ahí también sus esfuerzos por abatirlo en combates de las líneas avanzadas, por sobornarlo, por atraerlo a caminos errados. En esos combates hay instantes en los que queda completamente borrado lo casual, lo histórico de la enemistad, y lo que resalta es aquello por lo que se lucha en nuestra Tierra desde el principio. Entonces se invierten de una manera extraña los papeles y parece que el miedo pasa a estar en el lado del agresor

—parece que éste trata por todos los medios de sobornar a su víctima, de hacerla desistir de la muerte, esa muerte que él habrá necesariamente de causarle—. Un triunfo horrendo se mezcla entonces a la carnicería. Hay en la historia situaciones en que los seres humanos empuñan la muerte como un bastón de mando. Eso es lo que ocurre en el proceso contra los Templarios, cuando, inesperadamente, el Gran Maestro pone al descubierto la verdadera relación existente entre él y los jueces, como un navío que deja caer su camuflaje y se ofrece con sus banderas y cañones a la asombrada mirada del enemigo. El Gran Maestro fue quemado aquella misma tarde y ya por la noche hubo que poner guardias en el lugar de la pira para que el pueblo no se llevase reliquias. Hasta el polvo causa angustia a los tiranos; también él ha de desaparecer.” (*Rad.*, 2 de noviembre de 1941.)

Catástrofe

“Cuando la marea de la destrucción empezó a subir hacia los acantilados de mármol, despertó en nosotros el recuerdo de nuestra época mauritana y sopesamos las posibilidades de la fuerza. Los distintos poderes de la Marina estaban todavía tan equilibrados que unas fuerzas mínimas podían hacer inclinar la balanza hacia uno u otro lado, pues mientras las ligas de los clanes se destrozaban mutuamente y en tanto que la posición de Biedenhorn y de sus mercenarios continuara siendo dudosa, el Gran Guardabosque no disponía más que de un reducido personal. De acuerdo con Belovar y su clan, pensamos perseguir de noche a los cazadores y colgar en las encrucijadas el lacerado cadáver de todos aquellos que cayeran en nuestras redes, para de esta manera hablar a los bergantes de los pueblos en un lenguaje que pudieran entender. Estos proyectos causaron al viejo tal delicia que, como en el juego amoroso, hizo que su machete saltara de la vaina, y nos apremió a preparar los arpones y a poner a dieta a los perros hasta que el olor a sangre les hiciera arrastrar la roja lengua por el suelo. Y entonces también nosotros sentimos cómo la fuerza del instinto nos atravesaba como si fuera un relámpago.

Sin embargo, cuando en la biblioteca o en el herbario examinamos la situación más a fondo, determinamos no resistir más que por la fuerza del espíritu. Después de Alta-Plana creímos haber averiguado que existen armas más fuertes que aquellas que cortan y atraviesan. Pero a veces volvíamos como niños a aquel mundo primitivo en que el miedo es algo todopoderoso. Entonces todavía ignorábamos el inmenso poder de que el hombre es depositario.

A este respecto, nos fue de gran provecho el trato con el Padre Lampros. Sin duda, nuestro impulso hubiera sido tomar una resolución de acuerdo con el espíritu que nos animaba cuando regresábamos a la Marina, y en tal circunstancia de nuestra vida la ayuda de un tercero nos fue muy necesaria. La vecindad del buen maestro nos hace ver cuál es en realidad nuestra profunda voluntad y nos hace capaces de ser nosotros mismos. Por esto la imagen del noble modelo tiene semejante vida en nuestro corazón, y en ella presentimos todo aquello que nosotros somos capaces de realizar.

Entonces comenzó para nosotros una época extraña en la Marina. Mientras el crimen prosperaba en el país lo mismo que crece el moho en el bosque podrido, nos absorbimos profundamente, cada vez más, en el misterio de las flores, y sus cálices nos parecían más grandes y más radiantes que nunca. Pero sobre todo proseguíamos nuestros estudios sobre el lenguaje, pues en la palabra reconocíamos la espada mágica cuyo brillo hace palidecer el poder de los tiranos. Palabra, espíritu y libertad son tres aspectos y una misma y sola cosa.” (*Acantilados*, 91-92-93.)

“En todo momento existe un fin de mundo, ya que cada vez que muere un hombre, se termina el mundo con cada uno de los otros hombres. En otros tiempos se conocía mejor el horror de este tránsito abrumador.” (*Máxima-mínima*, 42s.)

“No se debe mirar al pesimismo como contradictor del optimismo. La catástrofe está rodeada de corriente pesimista, especialmente de un pesimismo de la cultura. Como en Burckhardt, el pesimismo puede expresarse como asco ante lo que se ve venir; la mirada se dirige entonces a imágenes más hermosas aunque ya periclitadas. Entonces hay inversiones hacia el optimismo, en Bernanos por ejemplo; la luz resplandece de pronto cuando todo había oscurecido. Precisamente la absoluta superioridad del enemigo habla contra él. Finalmente existe el pesimismo que aunque sabe que el nivel se ha hundido, también cree que la grandeza es posible en un nivel inferior, especialmente en la persistencia que entrega un premio al mantenerse en una posición perdida. En esto radica el mérito de Spengler.” (*Linie*, 250.)

“Los claros vestidos que solían llevar los parsis eran irreconocibles: sólo los *kostis* mantenían su albura. La mayoría de las personas estaban de pie, pero había otras tendidas en el suelo, luchando por respirar. Carecían de agua y podían verse algunas agotadas, heridas, incluso mujeres con los dolores del parto. Entre ellas se movían los centinelas de la milicia popular jurando y gritando como posesos. De aquella multitud brotaba el dolor

Lucius era el hecho de que, al otro lado de la valla de alambre, la otra multitud humana reía y alborotaba ignorándolo todo. Aquella fina reja, casi invisible, separaba el gozo y el sufrimiento como la luz y las tinieblas. Así resueñan, sin ser oídos, sobre la desierta playa, los desgarradores gritos de los naufragos cuando un buque desaparece bajo las olas.” (*Heliópolis*, 276-277.)

“La destrucción invade a veces los cuerpos agotados a través de heridas que el hombre sano apenas nota. Nadie advirtió los primeros síntomas. Cuando corrieron rumores de tumulto, pareció que en la Campaña se reavivaba el viejo espíritu de venganza, pero en seguida se supo que aquellos actos de violencia estaban ensombrecidos por unos rasgos tan nuevos como insólitos. Se fue perdiendo el fondo de honor bárbaro que hasta entonces había atenuado la violencia, y no quedó más que el simple crimen. Se tuvo la impresión de que entre los clanes aliados se habían introducido espías y agentes de los bosques, que trataban de ponerlos al servicio de extraños intereses. De esta manera perdieron las antiguas formas su sentido. Desde siempre, por ejemplo, cuando en un cruce de caminos se encontraba un cadáver con la lengua rajada por un puñal, se sabía que un traidor había sucumbido a manos de vengadores apostados en su camino. También después de la guerra de Alta-Plana podían encontrarse muertos que llevaran tales marcas; pero cada cual sabía que se trataba seguramente de víctimas de la pura crueldad. [...]

Pero, más que todo esto, se daba una circunstancia que revelaba la extrema gravedad del peligro: todos esos crímenes que soliviantaban al país y que clamaban justicia, no eran vengados por nadie y únicamente en voz baja se hablaba de ellos, hasta tal punto que se hizo evidente la debilidad frente a la anarquía. A decir verdad, desde el comienzo mismo de la anarquía se enviaron comisarios escoltados por destacamentos armados; pero éstos encontraron la Campaña en plena revuelta, y no fue posible entablar ninguna negociación. Luego, para obrar de una manera radical, se precisó que, ante todo, conforme a la Constitución, se convocara a los diferentes estamentos sociales, pues en países como la Marina, donde el derecho está asentado sobre una larga historia, la gente no gusta abandonar las vías jurídicas.

Se vio entonces que las gentes de la Campaña estaban representadas en la Marina, pues los ciudadanos que habían regresado a la capital conservaban una clientela de pastores o bien se habían afiliado a las ligas de los clanes mediante un juramento de sangre. Y también esas bandas estaban

afectadas por el funesto cambio, sobre todo aquellas que habitaban los lugares donde el orden amenazaba mayor ruina.

Prosperaron muchos abogados, que defendían la injusticia ante los tribunales, y las ligas instalaron sus cubiles en las pequeñas tabernas portuarias. Y junto a las mesas de aquellos cuchitriles pudieron verse los mismos rostros cerca de los fuegos de las estepas [...]. El desorden sólo podía ganar si los hijos de los notables y los jóvenes que creían llegada la hora de una nueva libertad, tomaban parte en la agitación. Y esa gente se agrupaba junto a los intelectuales que comenzaban a adoptar las canciones de los pastores, que hasta entonces únicamente las nodrizas procedentes de la Campaña habían murmurado [...].

Tal gente adquirió la costumbre de desacreditar el cultivo de la vid y el trigo y de situar el asilo de la auténtica moral ancestral en el salvaje país de los pastores. Sabido es que las ideas propias de los inspirados son casi siempre un poco oscuras y vagas, y uno hubiera podido reír acerca de todo ello si no se hubiera llegado al abierto sacrilegio, lo cual a todo hombre que no hubiera perdido la razón le tenía que parecer absolutamente insensato.” (*Acanilados*, 53-56.)

Nihilismo

“La crítica nihilista, la seguridad instintiva en la negación de los modelos, junto a la ingenua carencia de directrices propias: estos son síntomas frente a los cuales no son suficientes juicios de valor como aquellos de las analogías históricas.” (*Máxima-mínima*, 21.)

“[...] desconocedores de las lenguas antiguas, del mito griego, del derecho romano, de la Biblia y la ética cristiana, de los moralistas franceses, de la metafísica alemana, de la poesía del mundo entero. Enanos en la vida verdadera, gigantones de la técnica —por ello, también, colosos de la crítica, de la destrucción, en la cual consiste su misión, que ellos ignoran—. De una claridad y precisión nada comunes en todos los asuntos mecánicos; deformes, atrofiados, confusos en todo lo concerniente a la belleza y el amor. Titanes de un solo ojo, espíritus de las tinieblas, negadores y enemigos de todas las fuerzas creadoras —esos hombres podrían sumar sus esfuerzos durante millones de años sin dejar tras de sí una obra que pesase lo que una brizna de hierba, lo que un grano de trigo, lo que el ala de un mosquito—. Alejados del poema, del vino, de los sueños, de los juegos, y prendidos irremisiblemente en las redes de las falsas enseñanzas impartidas

por engreídos maestrillos de escuela. Pero tienen una misión que cumplir.” (*Rad.*, 22 de septiembre de 1945.)

“Entretanto se ha demostrado que el nihilismo puede armonizar con vastos sistemas de orden; esto es incluso la regla donde está activo y despliega poder. El orden le es un sustrato favorable; lo convierte en una de sus metas. El único presupuesto es que el orden sea abstracto e inteligente; aquí pertenece en primera línea el Estado organizado, con burocracia y aparato. Esto sobre todo en un momento en que las ideas conductoras han perdido relación o se han separado de su nomos y ethos, a pesar de que en la superficie continúen viviendo con destacada visibilidad. [...] Se muestra claramente que el orden no sólo le es cómodo al nihilismo, sino que le pertenece a su estilo. [...] En este sentido el caos no es necesario para el nihilista; no es un lugar del que el nihilista dependa. Aún menos le place la anarquía. Disolvería la estricta secuencia en la cual él se mueve. Esto vale para la ebriedad. Incluso en los lugares donde el nihilismo ha mostrado sus rasgos más siniestros, como en los grandes centros de exterminación física, domina hasta el final la sobriedad y un orden riguroso.” (*Linie*, 256-258.)

“En estos síntomas llama la atención a primera vista las características principales que se pueden señalar, como aquella de la reducción. El mundo nihilista es un mundo reducido, y que sigue reduciéndose, como necesariamente corresponde al movimiento hacia el punto cero. Su sensación fundamental es la de la reducción y el de estar siendo reducido... El hombre se siente como un explotado en muchas de sus vinculaciones, y no sólo en lo económico. La reducción puede ser espacial, intelectual o espiritual; puede alcanzar la belleza, lo bueno, lo verdadero, la economía, la salud, la política; sólo que finalmente siempre será percibida como evanescencia. Esto no excluye que en muchos aspectos está vinculada con un creciente desarrollo de las fuerzas y con la eficacia. Lo vemos sobre todo en la simplificación de la teoría científica. Ella corta las fachadas por medio de la renuncia a las dimensiones. Ello conduce a una cadena de conclusiones, como se deja estudiar muy bien en el darwinismo. Una característica del pensamiento nihilista es la inclinación a definir al mundo —con sus múltiples y entrelazadas tendencias— con un apelativo. Este recurso llega a dejar perplejo, aunque sólo por un momento. Se le aprende ya que su dialéctica constituye el mejor medio para desmontar al enemigo que se ha quedado sin reservas. Entonces la víctima adquiere el método. En esto se fundamenta la bastedad intelectual de la reacción. Llega a ser inevitable en ciertas fases del desarrollo nihilista; en lo esencial es una

“Por lo que a Braquemart concierne hay que decir que estaba profundamente marcado con los rasgos del último nihilismo. Le caracterizaba una inteligencia fría y sin raíces, así como una fuerte propensión a la utopía. A sus ojos, como a los de todos sus semejantes, la vida era un mecanismo de relojería, y consideraba que la violencia y el terror eran las fuerzas motrices del reloj de la vida. Al mismo tiempo se recreaba con la idea de una segunda y artificial naturaleza y se embriagaba con el perfume de las flores artificiales, así como con los placeres de una sensualidad intelectual. En su corazón, la creación había sido muerta y reconstruida luego como un juguete. Flores de hielo crecían en su frente. Al verle tenía uno que pensar en las profundas palabras de su maestro: ‘El desierto crece; ¡desgraciado de aquel que lleva en sí los desiertos!’.

Y, sin embargo, nosotros no dejábamos de tener cierta simpatía por Braquemart, y ello no era a causa de su corazón y su valentía, pues cuanto más cerca está el hombre del mineral, más se aminora el mérito que proviene de la falta de miedo. Lo que nos inclinaba hacia su ser era más bien un sutil sufrimiento, la amargura del hombre que ha perdido la felicidad. Por eso trataba de vengarse del mundo como un chiquillo que en su vano enfurecimiento destruyera un parterre de mil flores, y, sin cuidar de sí mismo, con fría audacia, penetraba en los laberintos del espanto. Así, cuando hemos perdido el sentido de la patria, buscamos los mundos lejanos que nos ofrece la aventura.

Él quería que su pensamiento se dibujara según la realidad, y sostenía que el pensamiento debe poder mostrar dientes y garras. Pero sus teorías eran semejantes a un producto destilado que no hubiera conservado la verdadera fuerza vital; le faltaba el precioso ingrediente de lo superfluo, que da gusto a todos los manjares. Sus planes eran áridos, aunque exentos de cualquier error de lógica. Y así, desaparecía la belleza del sonido de la campana por una invisible grieta. Ello era debido a que, en él, el poder vivía excesivamente en el pensamiento y demasiado poco en la grandeza y en la innata *désinvolture*. Desde este punto de vista, el Gran Guardabosque le era superior, pues para éste el poder era como una vieja chaqueta de caza, tanto más cómoda cuanto más manchada de barro y sangre. Así, pues, yo tenía la impresión de que Braquemart estaba a punto de emprender una mala aventura, pues en tales casos los teóricos siempre han sido vencidos por los prácticos.” (*Acantilados*, 127-129.)

“Vimos que de libre arbitrio sólo se puede hablar de una pequeña cumbre. Pero justamente aquí se decide qué lo que es irrenunciable en la

transfiguración, qué es lo que no debe ser sacrificado. Mientras en este aspecto todavía domine alguna duda, y mientras éstas no sean a su vez dominadas, nos encontraremos todavía en medio de la fase nihilista, a este lado de la línea.” (*Zeitmauer*, 227.)

Diagnóstico sobre historia y cultura

“La interpretación mecánica del progreso es la más simple, y por ello es la que más se ha impuesto, tal como Darwin frente a Cuvier y Lamarck. Mas no hay progreso que no esté duplicado por un retroceso. Dicho de otra manera: la suma de las fuerzas en el universo permanece constante.” (*Annäherungen*, 256.)

“El desfiladero estaba ahora desierto. En la época de los grandes incendios dominaba una actividad febril. A las construcciones de cristal de a c e r o —que se habían mantenido en la Oficina Central y en otros ejemplares del estilo de tortugas [galápagos]—, se correspondía una vida, una subterránea, que se manifestaba en paisajes infernales y tabernarios. Pagos estaba entonces administrado por la Sociedad Mobiliaria, que había abierto sus laberintos y los había ordenado en un sistema de catacumbas que penetraban profundamente en el macizo. La piedra caliza, liviana, era fácil de trabajar, y a la vez era lo suficientemente plástica para soportar amplias bóvedas. La fundación de la Sociedad Mobiliaria había sido uno de los grandes negocios de esos tiempos; los intereses habían llegado increíbles ganancias. Casi ninguna persona quedó sin arrendar un calabozo, o una autoridad sin espacios subterráneos, ya sea para el almacenamiento de bienes, o como refugio para momentos de peligro. A ello se añadió el instinto museológico, que emerge con fuerza bajo la sombra de la aniquilación. Eran tiempos de doble propiedad; aquella efímera de la superficie y la otra asegurada en el fundamento ctónico [chthonisch]. Sobre todo de esta manera se había sustraído del fuego a las bibliotecas y archivos. En un comienzo eran las copias, duplicados y fotogramas; sin embargo, muy pronto se invirtió la relación al resguardar los originales.

Desde que la Regencia había configurado un orden planetario, estos tiempos pertenecían al recuerdo. Pero como cada fase de la historia deja sus huellas, ellas se notaban aquí. En los sistemas se habían conservado algunas ramas de la industria a las que les era inherente un carácter plutónico. A su lado se habían instalado las grandes cartotecas y registros. Se habían

encapsulado para llevar una vida precisa aunque semipolvorosa, en otros desfiladeros de las montañas, como un El Dorado de la burocracia. La memoria yacía aquí encajonada en las actas, cual cerebro detenido. Como la Oficina de Registro se había asegurado el monopolio de las formas, el Archivo Central había llegado a ser indispensable para el conocimiento del desarrollo temporal de las cosas, para todo lo que se llamara *suceso*. Ninguna diligencia privada o pública podía ignorar su asistencia; era necesario examinar las actas. Así como la Oficina de Registro (Punktamt) no se podía comparar con la antigua Agencia de Inscripción, en el renacimiento del registro dominaba una inteligencia a la vez mecánica y refinada. Se debía a que la estadística había crecido hasta convertirse en un poder fundamental. Desde que el espíritu del tiempo se inclinó con decisión por el determinismo, dominó no sólo amplios campos de la práctica y de las teorías sociales, sino que también influyó grandemente a las humanidades, especialmente a la historia. [...] El renombre que este Instituto había ganado desde el punto de vista práctico se basaba en la perfección de la información mecánica. Ello implicaba una enorme acumulación de datos con la misma rapidez del pensamiento. El teléfono fonóforo penetraba estos laberintos como una tela de araña tejida de hilos de ganglios, y hacía aparecer maravilloso el material que era usado cuando se trataba de planes y negocios. No había periódico, oficina de investigación o administración, ninguna empresa o autoridad cuyo presupuesto y consejo directo no se encontrara en el archivo central. No es casualidad entonces que se tratara de una de esas oficinas en las que el estilo de fortaleza militar influyera en su construcción. A ello se debía que en los altos escalones de la burocracia los mauritanos desempeñaban un papel; ellos conocían el poder de la estadística aplicada y su fuerza de convencimiento. El fundamento del dominio reside en que se considera al hombre como algo calculable [...].

En los rangos inferiores, con su divisa 'todo está prohibido', dominaba el temor a las cifras; valía como la medida de la medida, como prueba cardinal, como conocimiento positivo del mundo positivo. Las más altas esferas eran de otro parecer; esta diferencia estaba en relación exacta con la máxima de que la creencia debe subordinarse al fundamento, y la libertad a los dirigentes. Pero como creencia para ellos era sinónimo de ateísmo, se deja entonces adivinar la temible inversión de ideas que este orden engendraba. Su saber eminente condujo a sus líderes a los desfiladeros en los que se intuía el gran plan del orden. Sin embargo, la luz que ganaban, que los iluminaba para ganar millones y poner sus manos en la palanca del poder terrestre, era invisible a los ojos de los apáticos. Para ellos mismos, la luz también era señal de que se trataba de espíritus exclusivamente lógicos: no

querían darla a conocer. Fueron como lo más bajo de la parábola de los talentos, en cuanto enterraban la enorme capacidad que les había sido entregada. Se alegraban cuando las masas vagaban por las tinieblas; ello acrecentaba su sentimiento de poder y provocaba una sonrisa en sus rostros, como se ve en las quimeras de las torres góticas de las ciudades populosas. Por este motivo estaban más cerca de su corazón las teorías del siglo XIX, que ellos consideraban las más grandes; pedían en los colegios, en los parlamentos y en la prensa el mismo estilo de conocimiento. Se les podía escuchar, cuando hablaban en confianza, de que nadie había logrado desarrollar cadenas tan efectivas, ni en la era de los monjes, ni en el Islam, ni en el cristianismo ni con ningún tirano de plomo. Eran cadenas hechas de luz, por las que el siervo se afanaba como si se tratara de un distintivo.

Basta de divagaciones. Por cada paso que Lucius daba al interior de estas gargantas cruzadas por las irradiaciones del mundo de las cavernas, se sentía arrastrado por pensamientos que se ocupaban de los rasgos de esta sociedad. La gran apuesta por el libre albedrío había resultado estéril, había que reconocerlo. Sin embargo, se le continuaba bajo ciertos signos, como el tema más antiguo de las guerras y guerras civiles desde Heródoto, y que mantendrá su rango mientras existan hombres e historia humana. El contenido de la historia era precisamente el libre albedrío, y con el uno debía desaparecer también el otro, en cuanto el tiempo de los sistemas históricos se trasladaba a aquellos del mito o de la zoología. Se podía decir que la segunda posibilidad, como muchos lo habían temido, no se había realizado, la construcción de Estados de insectos. Las grandes pinturas utópicas de los Estados de trabajadores habían prometido la perfección y la felicidad que yace en el orden. Sin embargo, en la encrucijada el hombre había escogido el *dolor*.

Ciertamente las potencias colectivas se habían desquitado con la persona de manera pavorosa, y la habían incluido en su engranaje. Finalmente se habían distendido entre ellas como había ocurrido antes entre griegos y persas. La Regencia las había cobijado en un nuevo equilibrio, parecido al del antiguo Imperio Romano. Entretanto la técnica se había aproximado a su conclusión; el progreso había alcanzado su meta. El hombre había llegado a ser completamente calculable. Pero —y esta probabilidad *no* había sido prevista por los antiguos utopistas desde Fourier y Bellamy— ello ocurría en el plano en el que él era organizable. Así como una nueva luz también arroja nuevas sombras, también la organización más compleja había desarrollado una conciencia más fuerte de todo aquello que es misterioso e invulnerable. A los grandes descubrimientos en el terreno

de la materia, le había seguido un crecimiento interior de libertad, de dignidad y de fe.” (*Heliopolis*, 2, 200-204.)

“El ataque de la técnica al buen ánimo se hace sentir permanentemente por la erosión. Así crece poco a poco el número de los motores: cuando en 1956 viajaba por aquí con Seeböhm, el Ministro de Transporte, le dije: ‘La calle es buena’. Su respuesta: ‘Eso se afirma de cualquier calle en la que no hay tráfico’. Hoy día apenas se puede ver el asfalto con tantos automóviles. Lo mismo era en la Primera Guerra Mundial con los cañones. El fuego aumentaba constantemente hasta alcanzar una profundidad masiva. ‘El hombre es superior al material’, decía entonces nuestra divisa, que desgraciadamente resultó insostenible. Entonces hay irrupciones. La erosión ha obrado lentamente; ahora se precipita sobre la corteza. Esta fue mi impresión cuando llegó la noticia de Hiroshima. Aquí no se había alcanzado a una ciudad, sino que a un mundo. Por una semana vagué como narcotizado. Es la misma sensación que tengo frente a los ajedreces automáticos. Se desarrollan computadores a los que evidentemente nadie será capaz de manejar. Ya se terminó el mundo como juego. Una marca en la evolución. ¿O comienza una nueva partida?” (*Muschel*, 212; “Um die ‘Petite Planète’”, 2 de mayo de 1979.)

“El ‘sacerdote-obrero’: uno de los síntomas de la desaparición de los carismas, en medio de la cual sucumbe también la diferencia entre *patres* y *fratres*. [...] Sobre la decadencia del clero. Santos, que el pueblo había venerado desde hace siglos, son borrados del calendario porque ‘no se puede demostrar históricamente su existencia’. La poesía castrada por la ciencia.” (*Autor*, 172-173, 202.)

“Al mediodía almorzando en el Hotel Ritz con Carl Schmitt, quien anteaer pronunció una conferencia sobre el significado que tiene en el derecho internacional la diferencia entre tierra firme y el mar. También se han agregado al almuerzo el coronel Speidel, Grüniger y el Conde Podewils. Conversación sobre las controversias científicas y literarias en esta época. Carl Schmitt comparó su propia situación con la del capitán blanco dominado en el *Benito Cereno* de Melville. A este propósito citó la siguiente frase:

Nom possum scribere contra eum, qui potest proscribere (no puedo escribir contra quien puede proscribir).

Al Trocadero, siguiendo la orilla derecha del Sena. En ese paseo hemos estado pasando revista a la situación. Carl Schmitt ve su significado en el hecho de que ciertos estratos comienzan a desprenderse de la sustancia humana y quedan congelados por debajo de la zona de libre albedrío, a la manera como los animales son máscaras caídas de la imagen del hombre. El ser humano está expeliendo de sí un nuevo orden zoológico; el auténtico peligro de lo que está ocurriendo es que quedemos envueltos en ello.

Por mi parte he agregado que este endurecimiento está ya descrito en el Antiguo Testamento, como lo delata el símbolo de la Serpiente de Bronce. Lo que hoy es la técnica, eso era entonces la Ley.” (*Rad.*, 18 de octubre de 1941.)

“La edad del humanitarismo es la edad en que se han vuelto raros los seres humanos.” (*Rad.*, 23 de noviembre de 1941.)

“Sin embargo, volví a tener la sensación de que el *Zeitgeist*, el Espíritu del Tiempo, intenta borrar en nosotros todas las cosas bellas; las percibimos como a través de rejas, como desde las ventanas de una cárcel. [...] Para la mitología. El secreto de la *Odisea* y de su influencia está en que ofrece una parábola del camino de la vida. Detrás de la imagen de Escila y Caribdis se esconde una protofigura. El ser humano sobre el que pesa la cólera de los dioses se mueve entre dos peligros, cada uno de los cuales intenta sobrepasar en horror al otro. Así, en las batallas de cerco el ser humano se encuentra entre la muerte en combate y la muerte en cautiverio. Ve que su vida depende de aquel estrecho y espantoso desfiladero que queda entre esas dos clases de muerte. Si alguna vez un gran poeta de nuestro tiempo quisiera expresar bien el anhelo de reposo que siente el ser humano arrojado a los límites de la aniquilación, tendría que continuar la *Odisea* con un nuevo poema épico o con un idilio titulado: *Ulises en casa de Penélope*.” (*Rad.*, 16 de diciembre de 1942.)

“Lo que diferencia al Bosco [Bosch] de todos los demás pintores es la visión directa, que Baldass llama su carácter profético. La profecía consiste en que él reconoce unas vigencias más profundas, en las cuales se reflejan y reencuentran las edades, como hoy el mundo técnico y sus detalles. De hecho pueden adivinarse en esas tablas las formas de las bombas volantes y de los submarinos, y en una de ellas, creo que en *El jardín de las delicias*, se encuentra también el horrible péndulo de E. A. Poe, uno de los grandes símbolos del mundo rítmico de la muerte. El

Bosco es el vidente de un *eón*, como Poe es el vidente de un *saeculum*. Qué certero es también el retrato del hombre desnudo que, para mover unas máquinas extrañas, corre como una ardilla en el interior de una rueda cubierta de pinchos. El hecho de que aparezcan moros entre legiones de los bienaventurados esconde una verdad que, expresada en palabras, habría llevado al pintor a la hoguera.” (*Rad.*, 4 de enero de 1944.)

“Inventos como el del telescopio o el microscopio no descubren mundos nuevos; lo que hacen es más bien proporcionar los órganos, acaso sólo las muletas, para visiones que los han precedido. De ahí que esos instrumentos no sólo introduzcan confusión en los sentidos humanos, como decía Goethe, sino que pueden ser ya indicios de un desarreglo, nociones de ojos de cristal para desencantar al mundo. Esto rige también para las excavaciones. La fotografía hizo su aparición cuando el ser humano comenzó a ver fotográficamente. Los viajes espaciales coincidirán necesariamente con el instante en que *una sola* mano abarque el globo, según el ejemplo del globo imperial. Las fronteras son trasladadas al Universo. De una bola cargada de electricidad salen entonces chispas. El Estado mundial como masa exige su antítesis cósmica; un pensar cósmico habrá precedido necesariamente a eso. Lo invisible encuentra su trasunto en el poema, en el reino de los sueños; y éste encuentra el suyo en lo visible. El historiador ha de recorrer en sentido inverso ese camino, hasta llegar a las cámaras del tesoro.” (*Rad.*, 26 de abril de 1945.)

Política

“Detrás del poder político, el poder demoníaco.” (*Autor*, 61.)

“No el pueblo, sino el hombre, es el soberano.” (*Autor*, 173.)

“Desde la retirada del Regente, el Procónsul y el Prefecto procuraban mantener una política de equilibrio, siempre repetida en situaciones similares. Los dos sabían que el gran golpe sólo podría descargarse *una vez* y que si se fallaba era inevitable la derrota total. Movían las piezas una a una para ganar tiempo y posiciones. Si el Prefecto fortificaba en Castelmario, el Procónsul se apoderaba de Vinho del Mar; si el Prefecto ordenaba el saqueo del barrio parsi, sabía bien que en algunos puntos habría disparos. En esta ocasión, el juego se desarrollaba a nivel táctico, porque el Prefecto procuraba movilizar a las masas, mientras que el

Procónsul indicaba que estaba dispuesto a defender la gran banca, como la de Scholwin, y la seguridad de la ciudad alta. Pero, por encima de lo concreto, la acción adquiriría carácter simbólico: las fuerzas se desplegaban frente a frente.

Lo curioso era que el hundimiento de la unidad coincidía con un enorme incremento y ampliación del poder. Así se habían combatido en otros tiempos los poderosos de la Tierra, en aquellos tensos períodos que precedieron al gran cambio. El color rojo era equívoco —la sustancia de la revuelta y de los incendios se transformaba con facilidad en púrpura, se exaltaba en ella—. Pero, sea cual fuere la interpretación que se quisiera dar a los signos, una cosa era segura: había que apurar la copa tal como el tiempo la ofrecía.” (*Heliópolis*, 82-83.)

“El retorno de las formas absolutas del Estado —pero sin su aristocracia, lo que significa: sin distancia interior— hace posibles las catástrofes, de cuya amplitud todavía no se posee una idea. Con todo son presentidas con una sensación de terror que incluso ensombrece los triunfos.” (*Rad.*, 25 de octubre de 1941.)

“La mayoría pensaba incluso en reforzar su aislamiento de cara al exterior. Incluso habían llegado a aconsejar a Lucius que no se mezclara en los asuntos de Heliópolis y de otras partes, en los que no había laureles que cosechar. Lo mejor que podía hacer era desentenderse de todo aquello. La política se había degradado a la condición de simple mecánica, sin figuras y sin otro contenido que la brutal violencia. Sería mejor aislarse en sus moradas inaccesibles, cultivar las tierras, cazar y pescar, consagrarse a las bellas artes y al culto a las tumbas de los antepasados, como se había hecho desde siempre. Todo lo demás no era sino espuma del tiempo, un cráter que ardía y se consumía en sí mismo. De aquellos reinos se podía decir lo que Heráclito de los efesios: que no valía la pena elaborar nuevas leyes que les permitieran subsistir. Era una lástima que las buenas cabezas del país de los Castillos entraran en aquel juego.” (*Heliópolis*, 94-95.)

“Lucius consideraba útil el procedimiento. En la margen izquierda escribió las palabras: ‘Sólo para el jefe o el Procónsul’, y comenzó a redactar su informe, primero en taquigrafía:

‘Son ya conocidos los detalles de las audiencias que me concedió Dom Pedro y las conversaciones que mantuve con su adjunto. Véanse los informes por correo I al V. Expreso ahora mi juicio sobre la situación:

‘Puede admitirse como dato seguro que Dom Pedro derribará en el

fieles a su persona. Este golpe de Estado suscitará forzosamente agitaciones en los partidos populares de todos los países. Dom Pedro espera que el Procónsul estimará que de este modo se le ofrece una ocasión favorable para desembarazarse no sólo del Prefecto, sino también de la plebe que le apoya. Para conseguir la ayuda del Procónsul, está dispuesto a hacer sacrificios materiales y personales que, con toda certeza, serán mayores que los detallados por extenso en Asturias III.

‘Quedaba pues por determinar si son idénticas las situaciones del Procónsul y de Dom Pedro y si existía, por tanto, base suficiente para una acción conjunta. Dom Pedro y su adjunto están convencidos de que es así. Pero cabe objetar que los enemigos de nuestros enemigos no son necesariamente nuestros amigos. Los objetivos del Procónsul son más vastos y quedarían gravemente comprometidos por la participación en operaciones que no tengan en cuenta la totalidad de la situación. Es de temer que se dé este caso si intenta culminar —en el sentido que da Clausewitz a esta palabra— sólo con uno de los partidos de la guerra civil.

‘En este punto, insinué que el Procónsul se niega a intervenir en simples golpes de Estado, incluso en el caso de que el éxito esté asegurado. Ni los hombres, ni los métodos, ni las ideas de Dom Pedro van más allá del marco de una dictadura.

‘Lo dicho no excluye, sin embargo, que deba prestarse atención a estos proyectos. Su fracaso tendría repercusiones también en Heliópolis. Por esta razón, es recomendable prestarle apoyo político. Esto implicará un sacrificio de la *potestas*, pero la pérdida se compensará con un aumento de la *auctoritas*. En este caso, puede contarse con el Procónsul.

‘A estas objeciones, el adjunto respondió que fue el partido contrario el que inició el camino de la violencia. Que debería hablarse más bien de legítima defensa, porque desde hacía ya mucho tiempo la mayoría no era más que un simple título para legalizar el crimen. Los hombres honrados estaban en minoría y eran muy pocos los capacitados para comprender lo que era justo.

‘Es previsible que la tentativa de Dom Pedro fracase. Se trata de un contragolpe con todas las debilidades de la reacción, y, en el mejor de los casos, sólo conseguirá una firmeza artificial, la galvanización del desorden; y, aun así, sólo durante cierto tiempo. Si el Procónsul está de acuerdo con esta interpretación, no debe reconocer la iniciativa, y hasta debe desaprobársela expresamente. Es previsible que esto implique un aumento del peligro, pero es al mismo tiempo una señal de fortaleza: se vería así que hace honor a su lema de estar por encima de los partidos. El destino llamará con más fuerza, con mayor apremio. Tiene aplicación aquí la máxima de Novalis

según la cual, cuando se fuerzan las cosas, fácilmente pasan al extremo contrario.

‘En la práctica se trata de ganar tiempo, pero no dejándolo pasar, sino profundizándolo; y esto tanto por la consolidación de nuestra posición de poder como por la de sus supuestos éticos. Esto es válido sobre todo respecto a la Escuela de Guerra. El palacio debería ofrecer protección no sólo a los espíritus libres y cultivados, sino también a los perseguidos, incluso en los casos en que, desde el punto de vista político, la operación no ofrezca ventajas y hasta cuando parezca tratarse de enemigos.

‘De este modo, la fortaleza afluirá día a día como un torrente de invisible poder sobre el que descansa el visible. El capital será tan grande que actuará por sí mismo, por el simple hecho de existir.’” (*Helíópolis*, 101-103.)

“Atenas, Venecia, Florencia. A los estados hay que preguntarles antes que nada: ‘¿Qué nos habéis traído en materia de obras artísticas?’ En este sentido, el ducado de Weimar representa un gran imperio si se lo mide por los superestados de nuestro siglo.” (*Autor*, 16.)

“Todo *juste-milieu* precisa actas de balance: ‘equilibrado’ es una de las consignas. Se refleja en los conceptos estándar, como hoy día ‘estado constitucional libre’, ‘economía social de mercado’ y otros. Como todas y cada una, tales épocas se hundan por sí mismas, y luego las echan de menos como una Edad de Oro también los mismos que colaboraron en el hundimiento.

Louis-Philippe, el ‘Rey Ciudadano’, pasea por las calles con el paraguas bajo el brazo, a pesar de que se han efectuado siete atentados contra él. Fue uno de los monarcas del que más caricaturas se hicieron, y esto en su propio país. Por supuesto, no dejó de preocuparse por el propio bienestar y el de su familia.

Como todo modelo político, también el *juste-milieu* fue esbozado y desarrollado en la antigua Grecia: eso es lo que dicen los versos de la elegía de Solón, interpretada por Geibel: ‘Le dí al pueblo toda la participación en el poder que es necesaria. No le quité nada de sus derechos, pero tampoco se los concedí en exceso. Me preocupé también por los poderosos y por los propietarios ricos, para que nadie menoscabara su honra en contra del decoro. Me alcé, pues, con un poderoso escudo y protegí a ambos bandos, pero defendí también contra ambos la soberana justicia’.

Es posible que entonces se viviera todavía cerca de la Edad de Oro. El autor se maneja mejor con la máxima de que cualquier régimen engaña

en una medida o en otra y que siempre existe una posición manifiesta o secreta y también una capa privilegiada. Ello está en el orden de las cosas, o en su desorden, que si bien cambia, es imposible de eliminar.” (*Autor*, 170-171.)

“El tirano tiene sueños intranquilos, en tanto que el hombre que mata por su idea duerme con buena conciencia.” (*Autor*, 158.)

“La figura elegida como blanco para la protesta se construye desde abajo hacia arriba. No se deja en ella un hueso sano. Los rasgos positivos que cualquier persona tiene no son incorporados en la imagen, se los silencia o se los interpreta malévolamente. ¿De qué le sirvió a María Antonieta que el escándalo del collar quedara revelado como una infame intriga? El odio es más fuerte que la lógica, acomoda los hechos en provecho propio. La ejecución de María Antonieta fue la primera información grata que la jauría escuchó sobre ella.” (*Autor*, 163.)

“[Y], como ocurre siempre que la duda se apodera de nosotros, nos entregamos a la fuerza.” (*Acantilados*, 39.)

“Precisamente en ello se advertía un rasgo magistral del Gran Guardabosque, que administraba el pavor en pequeñas dosis, aumentadas poco a poco para ir paralizando la fuerza de la resistencia. El papel que el Gran Guardabosque desempeñaba en esos disturbios preparados al abrigo de sus bosques era el de un poder ordenador, pues mientras sus agentes inferiores, introducidos en las ligas de pastores, multiplicaban el elemento anárquico, los iniciados se hacían con los altos cargos y las magistraturas e incluso se introducían en los conventos, y por todas partes aparecían como espíritus enérgicos llamados a poner orden entre el populacho. El Gran Guardabosque parecía, pues, un médico criminal que primero provocara el mal, para luego asestar al enfermo una serie de heridas pensadas de antemano.” (*Acantilados*, 63.)

“Braquemart nos rogó que le describiéramos la situación, cosa que hizo sin omitir detalle. A juzgar por el modo de escucharle, Braquemart parecía estar al corriente de todas las fuerzas en juego. Antes había estado hablando con Biedenhorn. Sólo el Padre Lampros le era desconocido. [...] Braquemart nos escuchaba de un modo cortés, pero con una ironía mal disimulada. En sus ojos se leía claramente que para él no éramos más que

débiles ilusos, y que este juicio ya era inamovible. A veces se dan situaciones en las que cada uno considera al otro como a un soñador.

Puede parecer extraño que, en aquel asunto, Braquemart quisiera oponerse al viejo, cuando su modo de pensar y su manera de actuar representaban tantos puntos en común. Un error en el que muchas veces incurre nuestro espíritu es el de suponer que existe una estricta correlación entre los métodos y los objetivos tras los cuales sospechamos la existencia de una sola voluntad. Sus voluntades se diferenciaban en que el viejo quería poblar la Marina de bestias salvajes, mientras que Braquemart la consideraba como tierra de esclavos y como fuente de esclavos para los ejércitos. En lo fundamental, se trataba de un conflicto interior de los mauritanos, que aquí no puede explicarse detalladamente. Baste con decir que entre el nihilismo llevado hasta su último extremo y la anarquía sin freno, existe una profunda oposición. En este combate se trata de saber si la residencia de los hombres ha de convertirse en un desierto o en una selva virgen.” (*Acanilados*, 126-127.)

“La radio anuncia que Himmler ha sido detenido; iba disfrazado. Tal vez la primera vez que no iba disfrazado; el *Reichsführer* de las SS vestido de vagabundo, de mendigo tuerto. (Sic) *transit gloria*. Al ser detenido mordió una ampolla de cianuro que llevaba en la boca. Desde el comienzo tuve claro que esos caramelos tenían que formar necesariamente parte del equipo, del *nécessaire* de los hombres de puro poder, no inquietados por ningún escrúpulo.

Lo que en ese hombre me resultó siempre raro fue que apastase a burgués. Uno pensaría que alguien que organiza la muerte de muchos millares de personas tendría que diferenciarse visiblemente de todos los demás hombres y que a su alrededor habría un resplandor terrible, un brillo luciferino. En vez de tales cosas, esos rostros, que uno encuentra en toda gran ciudad cuando anda buscando una habitación amueblada y nos abre la puerta un funcionario que se ha jubilado anticipadamente.

En eso se hace patente, por otro lado, hasta qué grado ha penetrado el mal en nuestras instituciones: el progreso de la abstracción. Detrás de la primera ventanilla puede aparecer nuestro verdugo. Hoy nos manda una carta certificada, y mañana la sentencia de muerte. Hoy nos hace un agujero en el billete de tren, y mañana un agujero en la nuca. Y ejecuta ambas cosas con la misma pedertería; con el mismo sentido del deber. Quien no ve eso ya en los andenes de las estaciones y en el *keep smiling* de las vendedoras, camina por nuestro mundo como un daltónico. Ese mundo no sólo tiene zonas y períodos terribles, sino que es terrible de arriba abajo.

También habría que meditar sobre lo siguiente: las ideas ampulosas, la fealdad cotidiana de tales personajes son un indicio de su papel subordinado en el imperio del mal. El pensamiento de que millones de personas dejan este mundo porque un señor, un tal Himmler, acciona la palanca de la máquina de aniquilación, ese pensamiento forma parte de las ilusiones ópticas. Si ha estado cayendo nieve todo el invierno, basta la pata de una liebre para que se precipite el alud al valle.

No conocemos el otro lado. En el instante en que la víctima cruza el portal de la gloria olvida a su verdugo; éste queda atrás, como uno de los fantasmas del mundo del terror, como un portero vestido con la librea del tiempo.” (*Rad.*, 23 de mayo de 1945.)

“Por desgracia parece seguro que también Heinrich von Stülpnagel se cuenta entre los numerosos amigos y conocidos míos que allí fueron fusilados o ahorcados antes del final. Como todo exterminio de una Fron-da, también éste traerá consigo un nuevo rebajamiento de carácter nacional. Caen los últimos troncos, los últimos linajes antiguos y con ellos se desvanece la conciencia de la libertad primordial, libertad que pertenece a la persona y de la cual vive toda libertad política, toda Constitución. Pronto no se la echará ya ni siquiera de menos.” (*Rad.*, 26 de junio de 1945.)

“Mi querido Baroh, Ud. confunde al tirano con el demagogo. Es un error común en nuestro tiempo. El demagogo amasa siempre la misma pasta; él es un pastelero, en el mejor de los casos un enyesador o un pintor de brocha gorda. El tirano adquiere un perfil. Esto se ve hasta en su guardia. Piense en el Renacimiento: en todas partes había tiranos, en toda ciudad-estado, incluso en el Vaticano. Fue un gran tiempo para los escultores, en general para el arte.” (*Aladin's*, 75.)

Mauritanos, los sofistas del poder

“¿De dónde procedía esta seguridad de los mauritanos? Su estilo no era burocrático ni militar, pero los marcaba un sello inconfundible, si se tenían ojos para saberlo ver. Allá abajo, el doctor Mertens, médico de cabecera del Prefecto y director del Instituto de Toxicología de Castelmarino, era sin duda miembro del grupo, y no de los de rango inferior, para quienes rige la divisa ‘Todo está prohibido’. Era indudable que había escalado los grados superiores, donde se contemplan las cosas desde el otro lado y campea el lema ‘Todo está permitido’.

[...] Pero en tipos como ese Mertens la acción tenía, por el contrario, un nuevo brillo, sacralizaba el ocio. Los instantes se fraccionaban en pequeñas monedas, sin la más ligera pérdida. Daba la impresión de que nada perdía su valor, al contrario de lo que ocurre con otras personas, siempre rodeadas de una nube de insatisfacción, de ciega pasión, de melancolía. Se parecía a los lagartos, perezosamente bañados por el sol ante sus cuevas, que luego devoran su presa con tranquila y absoluta seguridad. Dividían la existencia sin rupturas. Tenían sin duda una teoría especial sobre el tiempo. A todo lo cual se añadía, indudablemente, un gran conocimiento del dolor y de su economía física y espiritual. 'El mundo es de los audaces.' Lo que debía desembocar en un renacimiento de antiquísimas formas, más allá de la inquietud. Florecían de nuevo ciertas ramas del estoicismo. Se sonreían unos a otros, con sonrisa imperceptible, cuando se encontraban.

Lucius se había conquistado en varias ocasiones la benevolencia de los mauritanos. Parecía como si, en el encuentro con estos espíritus, la mirada fuera más pura y limpia. Paseaban juntos por las viejas ciudades, llenas de góticos y fáusticos rincones, y luego por barrios en los que bullía la plebe. [...] La nueva mentalidad, que ya apuntaba en los inicios del siglo XX, logró una cohesión a la vez racional y simbólica. A esto se añadía que las operaciones científicas básicas de registro y estadística corrían a cargo de máquinas de extremada inteligencia. En las bibliotecas y cartotecas subterráneas se había llevado a cabo una inmensa labor de colmena de abejas. Había allí talleres con enorme capacidad de abstracción, como el de la Oficina de Convergencia, que relacionaba con un sistema de coordenadas cualquier cosa dotada de forma. Fue un mauritano el que descubrió el principio, de asombrosa sencillez. El cruce de una abscisa y una ordenada, con la blasfema divisa *Stat crux dum volvitur orbis*, adornaba su escudo de armas. Aquí el trabajo transcurría más allá del lenguaje, más allá incluso de la capacidad visible. Se acercaba a la música, en cuanto que se la puede medir y calcular con el metrónomo.

[...] Tenían armas para cada teoría y sabían que, donde todo está permitido, todo es demostrable. Lo único que se reservaban era la selección. Tenían empleados en la Oficina de Convergencia, una especie de ilotas que se sentían felices revolviendo polvorientos legajos; contaban también con auxiliares femeninas, de escasa iniciativa pero gran sensibilidad. Se veían allí pocos miembros de la orden, salvo en insignificantes habitaciones, parecidas a grises cámaras forradas de algodón desde las que la araña vigila su red. Lucius recordaba una de aquellas puertas, en la que había leído la inscripción 'Cefaleiosis' sobre una placa de lechoso vidrio transparente desde el interior. Era para los iniciados el símbolo sensible de

la estadística, que hacia el interior encarna el saber y hacia el exterior el poder. A Lucius le gustaban estas visitas a la Oficina de Convergencia, para las cuales le comisionaba de vez en cuando el Procónsul. Reinaba allí una atmósfera similar a la del interior de las cámaras cuyas paredes están cubiertas de jeroglíficos. Unos pocos signos bastaban para fundamentar la múltiple diversidad del mundo, a condición de saber resistir su ilusión caleidoscópica. Se repetían en la rotación de las máquinas, y quien llegaba a conocerlos tenía en sus manos todas las claves.

[...] Era un rasgo típicamente mauritano: la precipitación pura del poder espiritual, que desprecia las armas groseras y no necesita recurrir a ellas.” (*Heliópolis*, 41-45.)

“Entre los mauritanos todavía podían aprenderse aquellos juegos que alegran el espíritu absolutamente libre y fatigado de la misma ironía [...]. De ahí que sorprendiera encontrar en aquel dominio de claridad, limpio de toda sombra y perfectamente abstracto, figuras como la del Gran Guardabosque. [...] Son viejos conocedores del poder y ven acercarse la hora de volver a implantar la tiranía, que desde los comienzos vive en sus corazones. Así se forman en las grandes órdenes las galerías secretas y las criptas hacia las que ningún historiador nos sabría guiar. Y así, de una manera parecida, nacen las luchas más refinadas, que surgen en el seno del mismo poder. Luchas entre las obras y los pensamientos, luchas entre los ídolos y el espíritu. Más de un hombre ha podido ver en aquellas disensiones el origen de la astucia de la tierra.” (*Acantilados*, 41-42.)

Conservadurismo

“El verdadero conservador no quiere mantener este o aquel orden, sino que reproducir la imagen del hombre que corresponde a la medida de las cosas. Aunque sea sólo por esto, hoy día es cuestionable toda posición conservadora. En mayor profundidad los conservadores y revolucionarios llegan a ser muy parecidos, ya que necesariamente se aproximan al mismo fundamento. De ahí que en los grandes transformadores —aquellos que no sólo derriban un orden, sino que también lo fundan— se muestran siempre ambas cualidades.” (*Máxima-mínima*, 36.)

“La palabra ‘conservador’ no pertenece a las creaciones felices. Esconde un carácter referido al tiempo, y amarra la voluntad a formas y estados que han llegado a ser insostenibles. Hoy día es a priori débil el que

quiere mantener algo. Se hace entonces bien cuando se quiere separar esta palabra de la tradición. Se trata entonces de encontrar o reencontrar lo que siempre ha fundamentado y fundamentará a un orden sano. Pero esto está fuera del tiempo, para el cual no existe ni progreso ni retroceso. Los movimientos circulan a su alrededor. Sólo cambian los medios y los nombres. En este sentido hay que aplaudir la definición de Albert Erich Günther, que no entiende al conservador como ‘un añadirse a lo que había ayer, sino como una vida de lo que siempre vale’. Mas lo siempre válido sólo puede residir en lo que está sustraído al tiempo. Esto se hace siempre válido, y ciertamente de una manera aciaga, cuando *no* se le sigue. La voluntad de sostener lo insostenible hace que la crítica conservadora sea estéril, aunque a menudo esté provista de belleza y de agudeza intelectual. Se penetra en palacios semiderruidos que han llegado a ser inhabitables. Este es el sentimiento que hoy día transmite la obra de Chateaubriand, De Maistre, Donoso Cortés, y también Burke, el que ha ejercido una gran influencia en el romanticismo alemán. Es el mismo sentimiento a partir del cual Nietzsche formuló la paradoja de que lo que cae se debe empujar, y en el hecho a la construcción le debe anteceder la planificación. Por este mismo motivo Leon Bloy se consideraba como un empresario de la demolición, pero hoy día él también tendría que terminar con su negocio. Todavía se puede mirar a jóvenes afanados en inútiles intentos, como la restauración de la monarquía. En este sentido, los franceses han pagado un tributo de aprendizaje. Así debió ser, sobre todo en tiempos en los que ya no existe ni un monarca ni un pueblo capaz de tener una monarquía. En tiempos tan conmovidos, el que gobierna es siempre un genio voluntarioso, específico, que en vano se busca en las antiguas familias. En nuestro tiempo sólo la eficacia no está cargada de dudas. Es lamentable, pero con ello desaparece la herencia como poder. El carisma se hereda, no la eficacia.” (*Rivarol*, 52s.)

“El príncipe nos parecía distraído y muy diferente de Braquemart. Apenas había cumplido los veinte años, y la severa y dolorosa expresión de su rostro, que en seguida nos llamó la atención, contrastaba de una manera extraña con su edad. Su talla era elevada y se mantenía profundamente curvado, como si se avergonzara de su alta estatura. No dio muestras de interesarse en nuestra conversación. Tuve la impresión de que en él confluían la extrema vejez y la primera juventud —la vejez de la raza y la juventud de su persona—. Así, la decadencia había dejado una profunda impronta en su ser. En él podían observarse los rasgos de una grandeza heredada, y también, al contrario, ese rasgo que la tierra imprime sobre toda herencia, pues la herencia es la riqueza de los muertos.

A mí no me sorprendió que la nobleza tomara parte durante aquella última fase de la lucha por la Marina, pues es en los corazones nobles donde los sufrimientos del pueblo hallan su eco más resonante. Cuando desaparece el sentimiento del derecho y del bien, cuando el miedo nubla los entendimientos, es cuando las fuerzas del hombre de la calle son fácilmente vencidas. Pero el sentido de lo que es verdadero y legítimo permanece en la vieja aristocracia, y de ella brotan los nuevos retoños del espíritu de equidad. Esta es la razón por la que todos los pueblos conceden una preeminencia a la nobleza de la sangre.

Pero yo había creído que un día surgirían unos hombres armados de los castillos y fortalezas, que serían los jefes caballescros de la lucha por la libertad. Y en vez de ellos veía a aquel viejo prematuro, necesitado de apoyo, cuyo aspecto me hablaba del estado de decadencia a que habíamos llegado. Y, sin embargo, era algo admirable el que aquel indolente soñador se sintiera llamado a convertirse en protector. Pues a veces se ve cómo los más débiles y los más puros asumen en este mundo las funciones propias del bronce.” (*Acantilados*, 123-126.)

“Sentí que ante aquel espectáculo, las lágrimas me subían a los ojos, y mis lágrimas eran de esas en que un hermoso entusiasmo se mezcla a la tristeza. Sobre aquella pálida máscara, de la que pendían retazos de piel, y que desde lo alto del chuzo contemplaba el fuego que moría a sus pies, había la sombra de una sonrisa en la que se fundía una alegría y un dolor supremo, y comprendí que el día de su martirio aquel hombre se había despojado paso a paso de su debilidad, como un rey disfrazado de mendigo que hubiera ido dejando caer los harapos al suelo. Un estremecimiento me sobrecogió al comprender que aquel hombre había sido digno de sus antepasados, vencedores de monstruos; pues en su corazón había matado al dragón Miedo. Si antes había dudado, ahora ya no quedaba traza de mis antiguas dudas: todavía existían entre nosotros seres nobles, en el corazón de los cuales vivía y crecía el conocimiento de un orden superior. Y dado que todo alto ejemplo nos invita a seguirle, ante aquella cabeza juré para siempre que más preferiría la soledad y la muerte entre hombres libres al triunfo entre los esclavos.” (*Acantilados*, 161-162.)

“‘Tengo que hablar de unos cambios’, empezó el general, ‘que vengo observando con preocupación hace ya largo tiempo. Me refiero a la tendencia metafísica que se está abriendo paso, y con creciente intensidad en usted y otros miembros del Estado Mayor. No tendría nada que oponer si pretendiéramos fundar una orden religiosa... pero, por el momento, no es

esa mi intención. Voy a expresarle, una vez más, mi opinión sobre el asunto.’

Apartó a un lado el ramo de flores, que le impedía mirar a Lucius directamente, y prosiguió:

‘Nos hallamos en una situación en que hace ya mucho tiempo que han desaparecido los antiguos vínculos, en una situación de anarquía. Está fuera de toda duda que es preciso restablecer el orden. Si prescindimos de los mauritanos, que desean medrar en y a través de la anarquía, quedan dos grandes escuelas en Heliópolis. Una que se agrupa en torno al Prefecto y su Oficina Central, se apoya en las ruinas y en las hipótesis de los antiguos partidos populares, y planea establecer el dominio de una burocracia absoluta. La segunda es la nuestra; se basa en los restos de la vieja aristocracia y del Senado, y está representada por el Procónsul y el Palacio.

‘El Prefecto quiere elevar a la categoría de Estado una colectividad ahistórica; nosotros buscamos un orden histórico. Queremos la libertad del hombre, de su esencia, de su espíritu y de su propiedad, y queremos el Estado en la medida en que es necesario para la defensa de estos bienes. De aquí se deriva la diferencia entre nuestros medios y métodos y los del Prefecto. El Prefecto se ve obligado a nivelar, atomizar e igualar el potencial humano, en el cual debe prevalecer un orden abstracto. En nuestra opinión, por el contrario, quien ha de dominar es el hombre. El Prefecto busca la perfección técnica; nosotros, la perfección humana.

‘Y aquí se apoya la diferencia de la selección. El Prefecto quiere una superioridad técnica. La búsqueda de especialistas desemboca necesariamente en tipos atrofiados. La elección recae sobre aquellos en quienes el impulso técnico encuentra la mínima resistencia. Y así, en el terreno práctico, podemos comprobar que en la Oficina Central se da una mezcla de autómatas y criminales inteligentes.

‘Nosotros nos proponemos por el contrario, la formación de una nueva élite. Nuestra tentativa es incomparablemente más difícil: nadamos contra corriente. Mientras que la nivelación encuentra en todo ser humano material en que ejercitarse, nuestro propósito abarca al hombre en su totalidad; pero esa totalidad se muestra pocas veces y, aun entonces, siempre sólo a modo de aproximación. En este sentido, el Procónsul nos sirve de modelo, de titular de las virtudes justas, llamadas a ejercer el dominio. En él se conservan intactos no sólo los principios aristocráticos, sino también los democráticos.

‘Sabemos que es un hombre leal, que está dispuesto a asumir esa tarea. Con esta intención, está procurando atraerse a las mejores fuerzas. Para elegir, tiene que guiarse por la capacidad de las personas, es decir,

tiene que dirigirse a un círculo de hombres que se distinguen bien por sus hechos, bien por sus conocimientos o por su gran capacidad. Es el camino más vulnerable, pero el único viable en nuestro tiempo. Tenemos que excluir de los puestos de mando no sólo a los tecnócratas, sino también a los románticos.

‘Y esto me lleva otra vez al asunto de Asturias. Usted ha sabido valorar con mirada certera, en su informe, las posibilidades con que cuenta Dom Pedro. Su régimen no podrá durar. En aquellas regiones prevalece el derecho del más fuerte; por consiguiente, a Dom Pedro le asistirá el derecho si prospera su golpe de Estado, y gobernará un Estado de derecho mientras tenga los resortes del poder.

‘Frente a estas turbulencias, el Procónsul asumirá el papel de observador que dispone de tiempo. La extensión del conflicto no le obligará a tomar partido, aunque sí a adoptar las medidas previstas para casos de graves agitaciones. Pero entonces tendrá que actuar en todos los frentes. Toda nuestra educación debe orientarse a ese momento.

‘En nuestra formación es preciso poner claro dos preguntas, pero de tal modo que no quede flotando la más ligera duda. Primera: ¿dónde está el enemigo? Y segunda: ¿dónde está el poder legítimo? En este sentido, estoy de acuerdo con el curso superior y he dado mi personal aprobación — aunque no sin algún recelo — a las clases de teología moral. Pero estas clases en modo alguno deben debilitar la voluntad. Lo que es justo, debe seguir siendo justo; quiero decir, es algo que se apoya y se ha apoyado siempre en los principios fundamentales. Quiero que los jóvenes se imbuyan de estas ideas, y no que se pierdan en ociosas disquisiciones. Estas son las directrices de la misión de inspección que se le ha confiado. Permanecerán en vigor mientras yo sea el responsable de la dirección de los asuntos’.”
(*Heliópolis*, 179-182.)

El anarca y el emboscado, y el único o la individualidad

“Para el anarca, la situación cambia poco: para él las banderas tienen significación, pero no sentido. Las he visto ya izadas ya arriadas, como las hojas en mayo y noviembre, y esto como contemporáneo, no sólo como historiador. [...] Para el anarca cambian poco las cosas porque se quite un uniforme que llevaba en parte como bata de loco y en parte como un camuflaje. Tras el uniforme sigue inalterada su libertad interior, que ve objetivada en estos cambios. Esto es lo que le distingue del anarquista, que,

carente de libertad real, comienza a bramar, hasta que se le pone una camisa de fuerza más resistente.” (*Eumeswil*, 139-140.)

“El *Waldgänger* (rebelde) no es soldado. No conoce las formas militares y su disciplina. Su vida es al mismo tiempo más libre y más dura que la militar. Los rebeldes se reclutarán de entre los que están decididos a luchar por la libertad, incluso en una situación sin esperanzas. En el caso ideal, su libertad personal coincidirá con la libertad de su país. En esto reside una de las grandes ventajas de los pueblos libres. [...] También están llamados al recurso de la selva aquellos para quienes toda otra forma de existencia es imposible. A la ocupación de un ejército se siguen medidas que amenazan a grandes sectores de la población: arrestos, depuraciones, configuración de listas, obligación de trabajos forzados y servicio en el ejército extranjero. Todo esto empuja a la resistencia franca o clandestina. [...] Pero no es un hombre de partido.

Uno de los peligros particulares consiste en que se infiltran elementos criminales. El rebelde no lucha, desde luego, con acuerdo a las leyes de la guerra, pero tampoco como pistolero. Mucho menos es de carácter militar su disciplina, lo cual demanda una dirección inmediata y rigurosa. [...] En el recurso de la selva se oculta un nuevo principio de defensa. [...] Las armas más poderosas sólo pueden ser fabricadas por los Superestados. El recurso de la selva puede ser esgrimido por la más reducida minoría, hasta por un solo individuo. En eso consiste la respuesta que ha de dar la libertad. Y ella se reserva la última palabra. El recurso de la selva está en más estrecha relación con la libertad que cualquier preparativo bélico; alienta en él la primaria voluntad de resistencia. De ahí que sólo los voluntarios sean apropiados para el caso. Esos hombres se defenderán en cualquier emergencia, lo mismo si el Estado los prepara, los arma y los moviliza, que si no lo hace. Suministran por ese modo una prueba de su libertad, y por cierto existencialmente. El Estado en el que no alienta una conciencia de este tipo, se convertirá en vasallo, en satélite. [...] La catástrofe tiene que ser ensayada, como es ensayado el naufragio al iniciar una travesía por mar. Cuando un pueblo se prepara para su recurso de la selva, necesariamente se convierte en una fuerza temible.” (*Waldgang*, 95-98.)

“Opino que he dado un paso más lejos con el anarca. Este puede transformarse en *Waldgänger*, pero puede también vivir tranquilamente al abrigo de una función oscura. Es a pesar de todo un anarca. La sociedad exige ciertas formas, ciertas astucias, pero en el fondo no puede penetrar en lo último del hombre y si la sociedad se hace insoportable, entonces yo me

hago *Waldgänger*; y puedo naturalmente serlo también en un rascacielos. Pues por todas partes reina el símbolo de la libertad.” (*Conversaciones*, 73.)

“Como ya he dicho en otros lugares, el anarca es la contrapartida del monarca: es tan soberano como éste y, además, es más libre, porque no tiene que gobernar. El baluarte, allá arriba, es la capilla de mi libertad, tanto si la visito como si no. Me servirá de fortaleza si me transformo en un poder belicoso y hago prevalecer mi libertad frente a las pretensiones de la sociedad —mi valor contra su demasía—. He partido del respeto del anarca a las normas. *Respetare* es la forma intensiva de *respicere*: es mirar hacia atrás, mirar de nuevo, reflexionar, considerar. Son señales de tráfico. El anarquista recuerda al peatón que no las observa y es atropellado. Ya un simple control de pasaporte le resulta funesto.” (*Eumeswil*, 189-190.)

“En el acto de internarse en el bosque [*Waldgang*] observamos la libertad del individuo en este mundo. A este orden toca también la descripción de la dificultad, así como del mérito, que conlleva ser una individualidad [*Einzelne*, único] en este mundo. Que ésta, y por cierto de un modo necesario, se ha transformado y sigue transformándose, es algo que no se discute; pero por ello mismo se transforma también la libertad, aunque no en su esencia, sí por lo menos en su forma. Vivimos en la época del trabajador; esta tesis entretanto ha llegado a ser más clara. El ingreso al bosque crea dentro de este orden el movimiento que lo distingue de las formas zoológicas. No es un campo liberal ni romántico, sino el campo de acción de pequeñas élites que saben lo que exige la época, y algo más también.” (*Waldgang*, 28.)

El intelectual y la política

“Revoluciones. El hombre de las Musas puede favorecerlas, dejarlas pasar de largo, rechazarlas. Beaumarchais, Chateaubriand, Rivarol, Schubart, Schiller y los otros. La política da más bien motivos para los dramas y no para la existencia consagrada a las Musas. La simpatía y el rechazo pueden estar divididos en una misma persona, como en la relación de los clásicos alemanes con la Revolución Francesa. El autor es soberano. La política puede tener cabida en su biografía y su sistema, pero él nunca en el de ella.” (*Autor*, 37.)

“Los tuertos se comportan como semihombres. Son ‘derechos’ o ‘izquierdos’. Examinan también a los otros, para ver si también son una mitad, como ellos, y entonces se siente cómodos a su lado. Tampoco en las obras de arte ven la totalidad, sino la falta, no aparecen en público como individuos, sino como camarillas que se aclaman reciprocamente. Cuando llegan los cambios de sistema sirven de buen grado como denunciantes y lacayos de los nuevos titulares del poder. Flojos como artistas, pero fuertes en la baranda.” (Autor, 21.)

“Se podría hacer una lista de intelectuales a los que una revolución elevó por primera vez a una tribuna, para destruirlos luego. Muchos de ellos tuvieron que pagar caro por una fugaz simpatía.” (Autor, 69.)

“Que los profesores se conviertan en intrigantes es algo lógico: los disgustos y la soledad amargan con el correr del tiempo. Schopenhauer y Nietzsche son ejemplos. Que los intrigantes se conviertan en profesores es algo que debe enumerarse entre signos de decadencia.” (Autor, 137.)

“Toda obra de arte tiene *también* significado político: son accidentes de la sustancia. Hay que reconocer que el autor no puede sustraerse enteramente a su tiempo y su sociedad. En la crisis se espera justificadamente de él que rompa el silencio, ya sea para ensordinar el entusiasmo o para infundirle ardor. De todas maneras, su silencio es ya significativo. En el conflicto, lo riesgoso para el autor no consiste principalmente en el peligro personal sino en que entra en un terreno falso cuando (cosa que siempre lo perjudica) sale al mercado o a la palestra. Entonces se expresa de la misma manera que lo hacen, o deberían hacerlo, todos, y quizá solitariamente.

La pérdida de calidad se muestra en que la palabra, a pesar de su efecto eminente, pronto es inmolada al tiempo. Se mantiene en las bibliotecas y allí se la valora, no como arte, sino como documento. Si tuviera mérito poético, hasta perjudicaría a la eficacia política. Tiene que estar dirigida a la voluntad, no a la intuición.” (Autor, 150.)

“Por lo demás, una de las cosas que me llama la atención en nuestros profesores es que lanzan virulentos discursos contra el Estado y el orden, para destacarse entre los alumnos, pero, al mismo tiempo, esperan de este mismo Estado que les pague puntualmente el sueldo, la pensión y demás sinecuras y que por tanto, y al menos en este sentido, contribuyan a mantener en vigor el orden establecido. La mano izquierda cierra el puño, la derecha se abre para recibir su dinero; y así sigue marchando el mundo.

la nostalgia de mi hermano por aquella época de esplendor. Pero lo cierto es que fue uno de los que ayudaron a serrar la rama.” (*Autor*, 151.)

Tiempos de guerra y de holocausto

“Por la noche en el Hotel George V. Le he llevado al coronel Speidel las *Máximas* de René Quinton. Me ha pedido que escribiera alguna frase y he escogido la siguiente: *La recompense des hommes, c'est d'estimer leur chefs*. Bajo la égida de Speidel hemos formado aquí, en el interior de la máquina militar, una especie de célula de color, una especie de caballería espiritual, que celebra sus sesiones en el vientre de Leviatán e intenta preservar la mirada, el corazón, para los débiles e indefensos.

Conversación con Grüniger sobre la obediencia del soldado y sobre la relación de esa obediencia con la monarquía absoluta e incluso todavía con la monarquía constitucional. Esa virtud sigue actuando también más tarde, como un instinto, pero ahora ese instinto perjudica a quien lo tiene, pues lo convierte en instrumento de fuerzas carentes de conciencia. Ese instinto entra en conflicto ante todo con el honor, que es el segundo pilar de la caballería. El honor es una virtud más delicada y por ello es el primero en ser destruido; lo que luego queda es una especie de autómatas, un servidor que no tiene un señor auténtico, y a la postre, un rufián. En tales épocas los caracteres mejores naufragan y las inteligencias más agudas se pasan a la política. En caso de suerte se encuentra un general de viejo tronco patricio que se ríe de quienes pretenden impartirle órdenes y los envía adonde corresponde, a la *pourriture*.” (*Rad.*, 13 de noviembre de 1941.)

“Hoy, en la era de la bomba atómica, Homero tendría que disculparse por haber glorificado la guerra. También Schiller y Hölderlin necesitarían purificarse al respecto.” (*Autor*, 18.)

“La guerra civil mundial modificó los valores. Las guerras nacionales se libraron entre padres, las guerras civiles entre hermanos. Desde siempre ha sido mejor caer en manos del padre que del hermano. Es más sencillo ser enemigo nacional que enemigo social. No analizaré estos puntos. Para iluminarlos, basta comparar la situación, por ejemplo, de los prisioneros de guerra del siglo XIX de la era cristiana con los encarcelados por cuestiones sociales del siglo XX, añadiendo las diferencias del lenguaje político al uso. Según Thofern, la ramplonería de este lenguaje corre paralela a la presión de las masas. Si se inscribe el lema humanidad en las

banderas, ello significa no sólo que se excluye al enemigo de la sociedad, sino que se le priva además de todos los derechos humanos. Así se explican la reintroducción de las torturas en amplias regiones, los traslados forzados de población, la concepción mercantilista del hombre, las formas oficiales y criminales de la retención de rehenes, las amenazantes bocas de las baterías, a lo cual se añaden las grandes palabras.” (*Eumeswil*, 137-138.)

“Por la mañana en el despacho de Speidel. En el antedespacho había mucha gente a causa de las firmas del domingo. Acababa de regresar del cuartel general y me ha enseñado las notas que había tomado. Modificaban mi opinión de que las tendencias de aniquilación, los afanes de fusilar, exterminar, hacer morir de hambre, brotan de corrientes nihilistas generales de nuestro tiempo. Eso también ocurre, naturalmente, pero detrás de los bancos de arenas aparecen como batidores los tiburones. [...] Se ve a esas personas lanzarse a la matanza también en los casos en que ello parece cuestionable e incluso en los casos en que va en contra de su propia seguridad. Lo que Jodl ha dicho en el cuartel general sobre los propósitos de Kniebühl [Hitler] es algo espantoso. También es preciso saber que muchos franceses aprueban esos planes y están ansiosos de prestar servicios de verdugos. Sólo aquí, en esta casa, hay fuerzas capaces de evitar, o al menos de retrasar, la unión de esa gente; pero eso hay que hacerlo desde luego ocultando completamente el juego. Es importante sobre todo evitar toda apariencia de humanitarismo.” (*Rad.*, 8 de febrero de 1942.)

“En estos ámbitos se hace realidad un pensamiento que yo desarrollé hace tiempo en varios sentidos, el pensamiento de que, donde todo está permitido, el resultado es primero la anarquía y luego un orden más estricto. Quien mata porque sí a su adversario, que no aguarde clemencia; ello hace que se formen reglas de combate nuevas, más duras. Todo este me parece atrayente en el plano teórico, pero en el práctico somos ineluctablemente conducidos al instante en que es preciso alzar la mano contra seres indefensos. Esto sólo es posible hacerlo a sangre fría en los combates contra animales o en las guerras liberadas entre ateos. Entonces la Cruz Roja no es ya otra cosa que un blanco especialmente visible.

Siempre habrá así zonas en las que no es lícito que sea el adversario el que dicte la ley. La guerra no es un pastel que los bandos opuestos se reparten íntegramente entre sí; siempre queda un trozo que es común. Es la porción divina, que está sustraída a la contienda y que sustrae el combate a la bestialidad pura y a la fuerza bruta demoníaca. Ya Homero conoció y respetó esa porción. Al hombre fuerte de verdad, al hombre que está

destinado a dominar, se lo reconoce siempre en que no aparece puramente como enemigo, como alguien que odia; se siente responsable también del adversario. Que uno tiene más fuerza que los otros es algo que se muestra en niveles más altos que los de la violencia física, la cual a los únicos que convence es a los individuos subalternos.” (*Rad.*, 11 de diciembre de 1942.)

“En la guerra anterior, cuando volvíamos a vernos, mi hermano y yo nos dábamos noticias de los heridos y de los muertos; en ésta, además, de los deportados y asesinados.” (*Rad.*, 27 de mayo de 1943.)

“Un extraño mecanismo de la historia hace que las tachas de los alemanes se hagan visibles en igual grado en que las ruedas del destino giran hacia abajo para ellos. Ahora los alemanes están aprendiendo a conocer la experiencia de los judíos: ser un objeto de escándalo. Valeriu Marcu solía decir, cuando la conversación recaía sobre este asunto, que el vencido lleva la peste en el cuerpo. En el hotel Raphaël está expandiéndose una atmósfera de pánico. Llegan unos tipos que ya no son jefes en el antiguo sentido, sino comisarios, y que destruyen a fondo los últimos vínculos, conservados intactos desde los tiempos de Federico Guillermo I.” (*Rad.*, 30 de julio de 1944.)

“Velada en la casa del doctor Epting; allí me he enterado de que Medan ha sido asesinado en Aix. También él ha sido víctima, pues, de ese odio que va creciendo día a día. Su único crimen consistió en tener por posible la amistad entre nuestros dos pueblos. Con esos sentimientos me abrazó ya en 1930, cuando lo vi en Aix por primera y última vez en mi vida. Ambos mandamos tropas de choque en la primera guerra mundial.

Tengo ante mí su última carta; es del 15 de julio y en ella escribe: ‘Si debo morir, mejor en mi casa, o al menos en mi ciudad, que no es un lugar cualquiera al borde del camino, en una zanja llena de fango. Es más digno de mí y también menos complicado.’

Y añade: ‘*Je tiens vous dire que c’est l’amitié admirative que vous m’avez inspirée qui m’a rapproché des mes anciens adversaires de 1914/1918*’.

Ahora veo que eran a sabiendas palabras de despedida, no menos que su plegaria, de la que me ha informado Valentin: Quiera Dios evitar que se manche con mi sangre un joven francés. En estas semanas he llegado a conocer la amargura de ver infamados a los mejores. En la primera guerra mundial mis amigos caían bajo las balas; en esta segunda

eso es el privilegio de los afortunados. Los demás se pudren en las cárceles, se ven obligados a atentar contra sí mismos o mueren a manos de verdugos. Se les niega la bala.” (*Rad.*, 1 de agosto de 1944.)

“Cada vez más abajo. Las víctimas de los años pasados, cualesquiera que fuesen los horribles calabozos en que se extinguieran, eran recordadas, sin embargo, con compasión y cariño en la otra punta del globo terráqueo. Tenían sus abogados. Los innumerables seres anónimos que hoy están sufriendo ese mismo destino carecen de defensores. Sus estertores de muerte se pierden en una soledad terrible. Y en aquellos sitios donde sus sufrimientos se filtran un poco, a pesar de todos los esfuerzos por mantenerlos ocultos, lo que provocan es un sentimiento de satisfacción demoníaca.

En el correo, entre otras cartas, una por la que me entero de que también nuestro buen Humm ha caído. El bombardeo de alfombra que destruyó la ciudad de Würzburg se lo llevó por delante, a él y a toda su familia, también, por tanto, a su último hijo, cuyo nacimiento festejamos no hace mucho en el hotel Raphaël. Cuando leía la noticia veía con toda claridad ante mis ojos su fina cabeza de cabellos blancos. Nos resulta especialmente difícil concebir la muerte de personas que irradiaban tal seguridad.

Poco a poco va viéndose que nuestro grupo de París ha quedado arrasado como si sobre él hubiese caído una bomba. La cosa comenzó ya el 20 de julio de 1944, con el estrangulamiento de Von Stülpnagel, Hofacker y Linstow, y ha culminado en los meses de esta primavera. También son frecuentes los suicidios, como el de Hartog, que en sus posesiones de Silesia se dio la muerte en unas circunstancias espantosas. De Pr. se dice que fue descuartizado y arrojado como comestrujo a los cerdos en su finca de Pomeriana. No hay horror de los tiempos antiguos o de los modernos que no haya retornado. Algunos, como Leo, han desaparecido en los campos de exterminio rusos, en los que continúa el terror, a veces los mismos sitios acerca de los cuales leemos ahora revelaciones espantosas. Pero no hay comentarios sobre lo que ahora está ocurriendo allí. Otros, como Crome y como Kossmann, se encuentran en Siberia. En comparación con ellos hay que considerar afortunados a quienes, como Grüniger, cayeron combatiendo. Yo tenía a veces, en aquellos años, la sensación de estar viviendo en medio de un grupo de personas marcadas, en el camarote de un barco ya hundido, ante cuyas ventanas se deslizaban sombras. Una variante de los Caballeros de Ekeby.” (*Rad.*, 13 de noviembre de 1945.)

“Luego hablamos de Kniebolo [Hitler]. Muchos, también muchos

en Napoleón. Carlo Schmid dijo a este respecto que a los alemanes les falta el instinto fisiognómico. Quien tiene un aspecto tal que ni los pintores ni los fotógrafos son capaces de darle un rostro, quien maneja su lengua materna de un modo tan completamente trivial, quien consigue reunir a su alrededor tal cantidad de nulidades. Y, sin embargo, hay ahí enigmas que llegan muy hondo.” (*Rad.*, 4 de mayo de 1943.)

“Por los mismos días en que se descubrió Plutón apareció un gran demagogo. Era pintor aficionado, como Nerón fue cantor. Perseguía a los artistas cuyos cuadros no le gustaban. Sentía también afición por otros campos, por ejemplo en el ámbito de la estrategia, para desgracia de muchos, pero era técnicamente perfecto, hombre capaz de todo. Para concluir, se hizo incinerar con gasolina. Sus perfiles se difuminaron en la vacuidad; los torrentes de cifras acaban por quitarles todo sentido. Para el historiador y el anarca el botín es escaso. Roja monotonía, incluso en las vilezas.” (*Eumeswil*, 228.)

“A última hora de la tarde la celebración de la Noche Vieja en el cuartel general. Allí volví a ver que en estos años no es posible la pura alegría de las fiestas. Así, el general Müller estuvo contando detalles de las horribosas infamias cometidas por el servicio de seguridad tras la conquista de Kiev. También volvieron a ser mencionados los túneles de gases donde penetran trenes cargados de judíos. Son rumores y como tales los anoto; pero es seguro que están ocurriendo matanzas en gran escala. Al oír aquellas cosas pensé en la mujer del bueno de Potard, el boticario de París, por la que entonces se sentía tan angustiado. Cuando uno ha echado una mirada a tales destinos singulares y luego sospecha las cifras de crímenes que están cometiéndose en las barracas de los desolladores, se le abre la perspectiva de una potenciación del sufrimiento ante la cual se le cae el alma a los pies. Entonces se apodera de mí un asco de los uniformes, de las charreteras, de las condecoraciones, de las armas, cosas todas ellas cuyo brillo he amado tanto. La vieja caballería ha muerto; quienes hoy conducen la guerra son los técnicos. Así pues, el ser humano ha alcanzado aquel nivel descrito por Dostoievski en el personaje de Raskólnikov. En ese nivel el hombre ve a sus semejantes como sabandijas. Mas justo de eso ha de guardarse si no quiere caer él mismo en la esfera de los insectos. Del ser humano y de sus víctimas vale el antiguo, tremendo dicho: ‘Tú eres eso’.” (*Rad.*, 31 de diciembre de 1942.)

“Al mediodía me visitó el coronel Schaer, un bajo-sajón a la anti-

gua. Hablamos de la situación. Aún no ha aparecido el ramo de olivo. De las cosas que contó fue especialmente espantosa la descripción de un fusilamiento de judíos. Él conoce esto por otro coronel, creo que Tippelskirch, a quien su unidad envió al lugar para ver qué era lo que allí ocurría. Cuando recibo informaciones como ésa se apodera de mí el espanto, me invade el presentimiento de un peligro enorme. Pienso esto de manera completamente general y no me extrañaría que el globo terráqueo volase en pedazos, bien por la caída de un cometa o bien por una explosión. Tengo, en efecto, la sensación de que esos hombres están horadando la Tierra y de que no puede ser una casualidad su elección de los judíos como víctimas principales. En sus verdugos de mayor rango se da una especie de clarividencia siniestra, no basada en la inteligencia, sino en impulsos demoníacos. Esas gentes encontrarán en cada encrucijada la dirección que lleva a la destrucción mayor. Por cierto que, a lo que parece, no se producen ya tales fusilamientos; se ha pasado a matar con gas a las víctimas.” (*Rad.*, 21 de abril de 1943.)

“Continuando la lectura del Libro de la Sabiduría de Jesús Ben Sirá o Eclesiástico. Es hermosa la descripción de la Luna, del Sol y del arco iris que se encuentra en el capítulo 43. Muy cerca de allí está también el pensamiento de que es bueno cada uno de los pormenores de la creación; el mal tiene un carácter perspectivista, aparece en las constelaciones temporales y en éstas Dios se sirve de él. Se menciona el ejemplo del alacrán. Es un proceso alquímico, en la fabricación, por ejemplo, de un *arcanum*, surgen así pasajeramente venenos y colaboran al plan de la Sabiduría.

Una frase como ésa, y hay muchas parecidas en Jesús Ben Sirá, puede formar el cimiento de filosofemas y de doctrinas éticas, o de visiones al estilo de Jakob Böhme. En este sentido la Biblia es ciertamente el Libro de los Libros, la simiente y materia primordial de todos los escritos; ha producido literaturas enteras y producirá otras todavía. Pese a toda su experiencia, pese a todo su ingenio, pasado por la criba en el curso del mundo, hay también en Jesús Ben Sirá toda la riqueza del Oriente, pues: ‘Tengo que decir algo más; estoy lleno de pensamientos, como luna llena’.

El pueblo judío ha de volver a esta su gran literatura; y a ella conducirá con toda seguridad la horrorosa persecución que ahora está sufriendo. El judío, que casi siempre resulta antipático en su listeza, tórnase amigo y maestro cuando habla como sabio.” (*Rad.*, 15 de mayo de 1943.)

“Continuando la lectura del Génesis. Leo al mismo tiempo el *Comentario al Génesis* (1880), de Delitzsch, y *Maimónides. Crítica de la*

dogmática judía, de Goldberg. Goldberg toca en su libro algunos asuntos que vienen ocupándome hace tiempo. Por ejemplo, qué relación mantendrá el judaísmo con el siglo XX. El suicidio de Weininger se asemeja en este marco a la pérdida de un caudillo en un combate de vanguardia. El judío es eterno; eso quiere decir que tiene una respuesta para todos los siglos. Estoy empezando a apartarme de mi opinión de que el siglo XX es completamente adverso para los judíos y creo que su segunda mitad traerá sorpresas en ese aspecto. A ello apuntan precisamente los horriblos sacrificios.” (*Rad.*, 23 de diciembre de 1944.) □

